

miles y millones de voces que exigen una alteración profunda del caótico y trágico estado de cosas que hoy vivimos en el mundo y en el Ecuador producto de la globalización y del sistema capitalista, que de ninguna manera podrá preservarse ad infinitum.

Por ello, el derrumbe del socialismo y la presencia del capitalismo, como sistema económico y social universal no significa, inevitablemente, que en el mundo y en nuestro propio país, las cosas van a continuar como hasta ahora. Más bien, la historia mundial y nacional nos demuestran la existencia de fuerzas dialécticas que favorecen la ejecución de cambios que hacen posible la realización progresiva de las potencialidades humanas. Entonces, la preservación del capitalismo, aún con retoques y reformas no es, necesariamente, el único escenario posible que nos espera.

Pero si aun tenemos que vivir en el marco del capitalismo, tal cosa tampoco significa que debemos de despreocuparnos del desarrollo económico de nuestro país. Lo fundamental será estar atentos siempre y en todas las circunstancias por lograr ejecutar acciones que nos permitan a los ecuatorianos vivir dignamente y ello supone participar en una lucha por contribuir a crear una nueva división internacional del trabajo e incluso del conocimiento, evitar el deterioro de nuestro ambiente y la destrucción de nuestros recursos naturales, preparar debidamente a la juventud y recuperar, capacitándolos, a los trabajadores adultos o a la población desocupada o desplazada por la utilización de tecnologías modernas.

Será importante también asimilar y crear superiores formas de organización, mejores tecnologías, impulsar el proceso de industrialización, alcanzar más altos niveles de productividad, definir y aplicar políticas de redistribución del ingreso y en favor del empleo, luchar contra la corrupción, afianzar la democracia, contrarrestar a la especulación. De aquí se desprenden otras importantísimas tareas propias del rol del profesional en el futuro nacional.

Pero por otro lado, si la historia no va necesariamente a tener como estación terminal al capitalismo, una acción positiva y coherente con la recuperación de nuestra soberanía, el fortalecimiento de nuestra economía, la elevación y enriquecimiento de nuestra formación cultural, la integración andina y latinoamericana, exige plantearnos qué hacer más allá del

capital y del capitalismo, o sea, cómo avanzar hacia una nueva y diferente forma de organización económica social, que no será la reedición del socialismo que se practicó en los países de la Europa central y del este, que tampoco será la simple humanización del capitalismo que, como lo indiqué, es improbable en el marco del propio sistema y que, por supuesto, tampoco será la imitación mecanicista de las sociedades actualmente desarrolladas que surgieron en otro contexto y cuya prosperidad es, en gran medida, consecuencia de la explotación de los excedentes, los recursos y los mercados de las naciones atrasadas.

Aquí hay un campo fértil para el desarrollo de toda una teoría de la transición hacia un nuevo tipo de socialismo en el siguiente milenio y esta constituye, por lo mismo, una tercera y trascendental tarea propia del rol del profesional en la sociedad nacional. Al plantearnos una nueva estrategia para construir una sociedad socialista diferente estaremos, a la vez, abriendo un amplio espacio para un desarrollo científico asimismo distinto, una vez que en la sociedad actual, tal como está organizada, las ideas científicas parecen menos importantes y productivas que las que surgieron por ejemplo, durante comienzos de siglo o en el siglo pasado.

Estrategia para una política de empleo en el Ecuador (05/09/2000)

El día viernes 25 de agosto se realizó en Quito un importante seminario sobre el título de este artículo, a fin de discutir un documento elaborado por un grupo de especialistas en el tema, donde se incluyen una serie de iniciativas y de propuestas para la construcción de una política de empleo para el país, con énfasis en la pequeña y micro empresa. El documento fue preparado gracias al apoyo del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, la Organización Internacional del Trabajo, el Banco Interamericano de Desarrollo y los Ministerios de Trabajo y Bienestar Social. Se anunció que seminarios similares se realizarán también en Guayaquil y Cuenca.

El documento preparado, más que un trabajo terminado o una agenda a ejecutar por parte del Estado, es *una propuesta de lineamientos estratégicos para ser discutidos democráticamente, basados en un diagnóstico realista*. Aun así, su valor es indiscutible pues contiene información, refle-

xiones y propuestas muy variadas e interesantes, que van desde una caracterización de las causas generadoras del desempleo, de la pobreza, de la desigualdad en el Ecuador, hasta la presentación de propuestas para la formulación de un programa de empleo emergente y la presentación de elementos para la preparación de una política de empleo de mediano y largo plazo.

Pero por supuesto, el documento tiene también una serie de carencias y omisiones. Acaso la principal sea la de admitir, implícitamente, la posibilidad de poder superar o al menos de reducir drásticamente el desempleo, manteniendo una política aperturista, privatizante, desreguladora del sector financiero, flexibilizadora del mercado laboral, seductora del capital extranjero, creyente en las bondades del libre mercado.

Claro que los autores del trabajo también anotan al respecto que *El país reclama cambios significativos en el régimen socio económico y en el funcionamiento político, lo que da sustento a la idea de encarar transformaciones mayores en las políticas públicas, no para volver a las políticas de las últimas décadas, centradas en el estatismo centralista, sino para superarlas sin caer en las fórmulas neoliberales que ven en la absolutización del mercado y la privatización la solución de todos los males, fórmula que ya se ha experimentado y mostrado resultados altamente negativos en los países en desarrollo en que se han aplicado.*

Pero a pesar de estas y de otras aclaraciones constantes en el documento, la impresión que queda, luego de su lectura, es la de que sus autores consideran posible remediar el problema del desempleo, preservando el viejo cascarón de un modelo aperturista a ultranza que cada vez muestra más severas rigideces económicas, sociales e inviabilidades políticas.

A esta impresión contribuye el hecho de que, en el trabajo presentado, se habla poco respecto a medidas macro de inmensa trascendencia en favor de la reducción del desempleo, de la desigualdad y de la pobreza existentes en el Ecuador. Me refiero al manejo de la deuda externa, el control de la inversión especulativa, la protección de la planta productiva nacional, la limitación de los flujos de recursos hacia el exterior, el despilfarro, la corrupción, la contención del consumo suntuuario, la reforma de la seguridad social, la importancia de reformas económicas como la agraria,

los acuerdos políticos necesarios de emprender para superar el actual estado de cosas en el país.

También llama la atención que, en el documento que comento, no conste un cuadro que de cuenta del mundo de las pequeñas y microempresas sobre las cuales se pretende incidir para la construcción de una política de empleo.

Para empezar, ¿cuál es el límite entre las medianas y las grandes empresas, en términos de número de trabajadores, capital invertido, monto de las ventas? ¿Cuántas micro y/o pequeñas empresas existen en el Ecuador? ¿Cuál es la ubicación sectorial, regional de estas unidades productivas? ¿Cuál es su aporte a la conformación del PIB, del empleo, de las exportaciones, de la formación de capital? ¿Cuáles son las perspectivas que ofrecen? La inexistencia de esta información hace que los autores del documento sostengan, quizás con suficientes bases pero que no se muestran, que el empleo en el Ecuador es provisto, fundamentalmente, por las pequeñas y medianas empresas.

Yo tampoco dispongo de información al respecto, sin embargo, la impresión que tengo es la de que no es cierto que las pequeñas y medianas empresas sean las que crean más empleo. Por otro lado, es fácil demostrar que las micro y pequeñas empresas no son independientes de las grandes, no tienen una mayor capacidad de asimilación de los avances tecnológicos que las grandes ni peor todavía, disponen de mayor agilidad que estas para responder más fácilmente a los cambios en las modas, la demanda, los gustos de los consumidores.

Si esto es así y, lo que es más grave, si el desempleo en el país afecta principalmente a las pequeñas y medianas empresas, lo pertinente parecería ser diseñar una estrategia que avance hacia la conformación de grandes empresas, que según el estudio, están mucho más capacitadas para detener a los trabajadores en sus puestos de trabajo. Aquí el problema sería propiciar una adecuada democratización del capital, a fin de superar la extrema desigualdad económica y social que ahora existe.

Este reconocimiento, por supuesto, no niega la necesidad de preocuparnos por la pequeñas y microempresas, muchas de las cuales han desaparecido o están desapareciendo con motivo de la grave crisis que sopor-

ta el país gracias, entre otras causas, a la desprotección, sobre todo arancelaria, de que han sido objeto.

Estas observaciones y reflexiones, podrían quizás ser examinadas en los próximos seminarios que se realizarán en otras ciudades ecuatorianas.

La integración y unidad de América Latina (12/09/2000)

El 31 de agosto último, los mandatarios de los 12 países sudamericanos reunidos en Brasilia decidieron iniciar un agresivo proceso de integración regional así como ejecutar una serie de políticas, particularmente en el campo de la infraestructura física (construcción de caminos, ferrovías, gasoductos, carreteras) con miras a promover el desarrollo económico y social de la región. Lástima que a la citada reunión, no se hubieran también invitado a participar a los mandatarios de México y de los países centroamericanos y del Caribe, tan latinoamericanos como los que intervinieron en la reunión de Brasilia.

En estos años tan difíciles, de crisis y en el mejor de los casos de crecimiento desigual, cuando junto a la mejora en los sistemas de transportes y de comunicaciones, el aumento del comercio exterior, la reestructuración y modernización de ciertas actividades, crecen el desempleo y la pobreza y se expande la descomposición social expresada en inseguridad, corrupción y violencia, es alentador constatar como en ciertos círculos gana terreno la idea de que la integración y unidad latinoamericana es no solo viable sino condición para lograr el desarrollo de nuestros pueblos.

Dentro de esta concepción, en México se constituyó en 1995 una importante organización de alcance continental, plural, independiente y representativa, la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA), integrada por distinguidos representantes de reconocida autoridad y prestigio de los sectores académicos, políticos, empresariales, laborales, que han hecho de la integración y el desarrollo de América Latina su campo central de trabajo. Como parte de sus actividades, AUNA se propone difundir en todo el continente, una declaración en la cual se explicará mejor lo que ella propone.

Estas iniciativas son, en la hora actual del mundo y de nuestro país, de enorme significación. Cuando la famosa globalización se difunde pro-

fusamente, cuando muchas personas (investigadores, profesionales, escritores, periodistas, empresarios, funcionarios y ex funcionarios públicos) consideran que es imposible emprender en un proyecto nacional aislado, dada la interdependencia y la mayor dependencia de los países subdesarrollados frente a los más avanzados, la decisión de estudiar y de proponer medidas y acciones capaces de remover conjuntamente las múltiples trabas que se imponen al intercambio comercial y de avanzar incluso hacia la integración política, como en la reunión de Brasilia lo propusieron los presidentes Chávez y Fujimori, adquieren enorme trascendencia.

La idea de una integración que supere los aspectos puramente comerciales responde sin duda a la debida comprensión de que la integración latinoamericana es no solo una tarea mercantil o siquiera económica.

Es, más bien, un proceso multidimensional que debe partir de la comprensión de que es necesario unirnos para promover y ejecutar nuevas actividades productivas, para lograr diversificar nuestras economías, para defender nuestros mercados, para encontrar formas comunes de renegociar la deuda externa y de obtener el máximo provecho posible a las inversiones extranjeras en nuestros territorios, para sacar mayores beneficios a nuestro patrimonio cultural y promover proyectos conjuntos, para contrarrestar el deterioro ecológico, estudiar conjuntamente el problema migratorio y de preparación de la fuerza de trabajo para acometer nuevas tareas en múltiples campos.

Ahora bien, así concebida, es evidente que la integración y la unidad latinoamericana no es ni puede ser un proceso a cargo solamente de los gobiernos ni de ciertos organismos internacionales. Ella debe comprometer el trabajo de todos. De ahí la importancia de comprenderla y de trabajar en su promoción, entre otras cosas, para no quedar entrampados en la subordinación frente a los grandes países industrializados. Es más, la unidad de nuestra América sobre nuevas bases y para alcanzar nuevos objetivos, hará posible sumar fuerzas, superar la dispersión y la debilidad, fortalecer la soberanía nacional y luchar juntos por construir un nuevo orden mundial en el cual imperen la justicia y la equidad.

La integración latinoamericana es una tarea difícil, sin duda y, obviamente, no será posible lograrla a corto plazo. Pero es la alternativa que reclama la historia y es un instrumento válido para enfrentar a la globali-

zación que beneficia esencialmente a las empresas trasnacionales, a sus socios internos vinculados con las finanzas, la industria, el comercio nacional e internacional y a los grandes estados capitalistas desarrollados del mundo

Soberanía y desarrollo nacional (26/09/2000)

Hoy, en plena fase de dolarización, es común escuchar a algunos funcionarios y ex funcionarios públicos, a empresarios, a ciertos dirigentes políticos, a profesionales y aun a determinados intelectuales, que en una época caracterizada por la globalización, que borra fronteras, que fomenta el comercio y las transacciones financieras internacionales, que promueve el uso de las comunicaciones y de nuevas y deslumbrantes tecnologías, la interdependencia de todas las naciones, lo importante es asegurarle a la mayoría de la población nacional comida, educación, salud, vestuario y vivienda, y que estas legítimas aspiraciones nada tienen que ver con el tema de la soberanía nacional. Consecuentemente, que es anacrónico, anticuado, premoderno y hasta dinosáurico dedicarse a defender una soberanía que a nadie o a muy pocos importa.

Por cierto que la preocupación porque la mayoría de la población satisfaga necesidades tan importantes como las señaladas es indispensable y es legítima; sin embargo, lo cuestionable es que a ellas se las pretenda desvincular de un aspecto esencial como es la preservación y el fortalecimiento de la soberanía nacional. Más bien, creo que solo gentes interesadas en deformar la realidad, pueden desconocer la íntima relación que existe entre la pérdida de la soberanía y las deficiencias que padece la mayoría de los ecuatorianos en materia de empleo, ingresos, alimentación, salud, educación, bienestar en general, es decir, entre capacidad nacional de autodeterminación de los ecuatorianos para construir nuestro propio destino y el aumento de la pobreza que hoy castiga a dos de cada tres hogares en el país.

En el país, durante los últimos 20 años, hemos podido constatar, objetivamente como, producto de las presiones que los organismos internacionales, las grandes empresas trasnacionales y los gobiernos de los países desarrollados han ejercido sobre los diferentes gobiernos en el Ecuador, la

economía nacional se ha desnacionalizado y el país en su conjunto ha perdido capacidad de autodeterminación nacional.

Tales presiones han perseguido que se privaticen las empresas estatales, que se desregulen los mercados financieros, que se flexibilice el sector laboral, que se difundan y reproduzcan patrones de consumo y culturales de los países desarrollados, que se desproteja la planta productiva nacional, que se acepten bases militares en nuestro territorio, que se procedan a realizar recortes presupuestarios a fin de cancelar prioritariamente la deuda externa, que se adopte la moneda de un país industrializado en reemplazo de la moneda nacional, que se adopten decisiones que se afirman en la creencia de que el mercado es el mejor regulador de la actividad económica nacional. La dócil aceptación a tales presiones, ha producido y sigue produciendo aumento del malestar, desempleo, carencia de ingresos, aumento de la desigualdad y de la pobreza en la sociedad nacional.

Durante los últimos años, son innumerables las publicaciones realizadas donde constan múltiples y variados datos estadísticos referidos al deterioro de las condiciones de vida de nuestro pueblo, que ha sido y es simultáneo con la ejecución, durante las dos últimas décadas, de una política aperturista, de rasgos privatizantes, seductora del capital extranjero, creyente en las bondades del mercado. Acaso el dato más revelador de esta situación, sea la proporción que del presupuesto estatal se destina al pago de la deuda externa, frente al monto reducido de los gastos presupuestados en salud, educación, inversiones en infraestructura física y económica en general.

Pero el debilitamiento de la soberanía nacional no se refiere solamente a los aspectos físicos o financieros. La soberanía no se reduce a la preservación de comodidades materiales. Ella también ha sido lesionada cuando se ha afectado a nuestra dignidad individual y nacional; cuando se ha hecho tabla raza frente a nuestro planteamiento de que se nos escuche y de que se respeten nuestras determinaciones; es decir, de que se reconozca el derecho que nos asiste para definir el rumbo de nuestro propio país. Esto es trascendental puesto que, a lo largo de nuestra conformación como Estado Nación, sobran episodios reveladores de la lucha emprendida por nuestro pueblo por cuestiones que han ido y van más allá de las mejoras materiales.

Forman parte de estos episodios la propia resistencia indígena a los colonizadores españoles, las batallas por alcanzar nuestra Independencia de la metrópoli, la lucha porque se elimine la esclavitud en el Ecuador, la encendida condena a la venta de la bandera ocurrida en el gobierno de Cordero, la revolución liberal de 1895, las reformas monetarias y cambiarias ejecutadas a lo largo de la vida republicana para afirmar un mínimo de soberanía en la defensa de nuestros productos y de nuestro mercado, las frecuentes luchas emprendidas por nuestro pueblo por evitar la explotación de las empresas trasnacionales comercializadoras de banano, la adhesión a la Organización de Países Exportadores de Petróleo y la afirmación de una política nacionalista que pretendía preservar un recurso agotable para usufructo de los ecuatorianos en la década de los 70, las resistencias ejecutadas frente a los sucesivos programas de ajuste impuestos por el Fondo Monetario Internacional.

Como también, la solidaridad demostrada por nuestro pueblo a los pueblos de otros países latinoamericanos que emprendieron en transformaciones revolucionarias para sacudirse de la explotación, las expresiones de repudio a la instalación de bases militares en nuestro territorio, hasta una serie de movimientos que han aflorado en los procesos electorales y en las grandes movilizaciones de los trabajadores, indígenas, mujeres, campesinos, maestros, estudiantes para avanzar hacia la construcción de un modo de vida diferente, democrático, participativo, respetuoso de nuestros recursos y de la cultura nacional y latinoamericana.

Sin duda que cuando el país empiece a padecer las graves consecuencias que se anticipan frente a la dolarización y otras conductas entre-guistas que lesionan la soberanía nacional, nuevamente se harán presentes acciones de repudio y de resistencia a tales medidas, así como el surgimiento de nuevos proyectos enderezados a reafirmar una democracia auténtica que haga posible la construcción de un país soberano. Entonces también esperamos que den la cara los promotores de la dolarización, los legitimadores de la desigualdad, los cómplices de la pobreza y la injusticia que día a día se agrandan.

Hacia una nueva globalización y contra el neoliberalismo (05/12/2000)

En varios artículos de esta columna he destacado que el neoliberalismo, como estrategia de crecimiento económico hoy aplicado profusamente en casi todos los países subdesarrollados del mundo, ha sido y es comúnmente considerado como el instrumento o mecanismo indispensable para insertar a las economías nacionales en la globalización, apreciada esta como un proceso generalizado, espontáneo, natural, inevitable, inevitabile, definitivo, superior, eterno.

En múltiples escenarios académicos, empresariales, gubernamentales, ha sido tan insistente este planteamiento, que incluso se ha llegado a sostener que quienes no adhieren a este punto de vista, son personas anticuadas, que se encuentran fuera de contexto, que no han logrado sacudirse de viejas y erradas concepciones, que no han comprendido ni comprenden los beneficios que para un país como el nuestro significa su inserción moderna y dinámica al mercado mundial.

Las personas afectas a la globalización y al neoliberalismo han insistido en destacar que una y otro constituyen poco menos que impulsos incontenibles del destino frente a lo cual nada hay que hacer, excepto, adherirnos o insertarnos a ellos para no quedarnos al margen de la historia. Como último recurso y en tono desafiante suelen finalmente exigir, a quienes no participan de este punto de vista, que se atrevan a ofrecer estrategias alternativas distintas.

Por cierto que no han sido escasas las ocasiones en las cuales muchos pensadores, escritores, profesionales, dirigentes populares, políticos, han planteado multiplicidad de opciones en materia fundamentalmente de políticas económicas. Estas opciones, sin embargo, prontamente han sido calificadas como inviables para el momento histórico actual.

Después de aproximadamente 20 años de estar vigente la globalización y de ejecutarse en el Ecuador, aunque de manera irregular, un modelo aperturista, privatizante, seductor del capital extranjero, fomentador de las exportaciones, flexibilizador del mercado laboral, desregulador del sector bancario y financiero, creyente en las bondades del mercado, nos topamos con graves viejos y nuevos problemas que los más entusiastas soste-

nedores de la globalización y el neoliberalismo nos dijeron que iban a ser resueltos.

Hoy en el mundo hay mucha más desigualdad que antes. Así, la diferencia entre países más ricos y países más pobres se ha incrementado considerablemente. En términos de ingreso por habitante, las Naciones Unidas señala que mientras en 1820, la diferencia era de 3 a 1, en 1950 había aumentado a 35 a 1, en 1973 a 44 a 1 y en 1992 a 72 a 1. Hoy la pobreza a nivel mundial se ha incrementado, hay más desempleo, convertido incluso en un fenómeno crónico, independiente de la forma como se comporta el ciclo económico. Hoy el deterioro ambiental y las migraciones son problemas mundiales de consideración, igual que la corrupción y la delincuencia social.

Y que sucedan hechos como los mencionados en el párrafo anterior, cuando nunca como ahora la Humanidad ha dispuesto y dispone de tantos recursos económicos, científicos, tecnológicos para desterrar el azote del hambre, las enfermedades, el analfabetismo, el deterioro ambiental, es verdaderamente incomprensible e indignante.

En el Ecuador, sabemos como andan las cosas. Aumento también de la desigualdad y de la pobreza, desempleo, emigración, incremento de la corrupción y de la delincuencia, exacerbación del regionalismo, concentración del poder de decisión en el Ejecutivo, desprestigio de los partidos políticos y del Parlamento, deterioro ambiental, despilfarro de recursos, pérdida de la soberanía o capacidad de autodeterminación, graves síntomas de descomposición de la Nación.

Frente a este estado de cosas, es evidente que la proposición de alternativas no está en la cabeza de nadie individualmente considerado. Ellas surgirán y están surgiendo como resultado de la lucha política, ellas han venido presentándose en la conciencia de los ecuatorianos conforme la realidad misma ha ido desmintiendo los postulados teóricos del libre comercio, conforme la gente se ha venido dando cuenta sobre que aquellos objetivos y virtudes atribuibles a la globalización y a los modelos neoliberales son solo fantasías y palabrerías puesto que no se han traducido en una real mejora de las condiciones de vida de la mayoría de la población.

Pero bien, para trabajar en la elaboración de estrategias alternativas a la globalización neoliberal ahora vigente y que, al mismo tiempo, con-

greguen todo el potencial de lucha acumulado en la resistencia al neoliberalismo, el Foro Social Mundial, convocado para realizarse en Porto Alegre, Brasil, entre el 25 y el 30 de enero del 2001, tiene el propósito de avanzar en la forja de propuestas alternativas que persiguen enfrentar las necesidades y las angustias que hoy vive la mayoría de la humanidad.

La convocatoria a esta reunión, cuando se cumplen catorce meses de la manifestación de Seattle, abre sin duda escenarios nuevos y distintos que impulsan al optimismo y la esperanza.

Desempleo, otros problemas y posibles soluciones (12/12/2000)

Sin duda alguna que tres de los principales problemas que afligen a la economía y a la sociedad ecuatorianas, en el momento actual, son los relativos al desempleo de la mano de obra, la débil reactivación del aparato productivo nacional y el inmenso servicio de la deuda externa. Los tres, son problemas que se encuentran íntimamente relacionados, se influyen recíprocamente, son a la vez causa y efecto de un conjunto de variables que caracterizan al actual modelo o estilo de desarrollo que se ejecuta en el país.

Con relación al desempleo, su intensidad se ha visto atenuada gracias al fenómeno de la emigración, que ha permitido no solo reducir las demandas de empleo remunerado sino, a la vez, atenuar muchas tensiones políticas y sociales.

Pero por supuesto, la emigración tiene límites impuestos tanto por la política represiva de los países desarrollados hacia los cuales se dirigen los emigrantes, cuanto porque se trata de una salida en cierta forma temporal puesto que no todo nacional que abandona el país lo hace en la perspectiva de quedarse para siempre en el extranjero. Pretende regresar y, cuando lo haga, nuevamente se harán presentes presiones para que se creen plazas de trabajo en el sistema económico ecuatoriano.

En diversos análisis respecto a la gravedad del problema del empleo en el Ecuador, se ha llegado a sostener que se requieren crear en el país al menos unas 150.000 nuevas plazas por año para atender las demandas de empleo que exige el crecimiento poblacional. A esta cifra hay que añadir unos 50.000 cargos más por año para disminuir la actual desocupación en

aproximadamente una década. Y, por cierto, se encuentra el problema del desempleo encubierto o informal que afecta al 50 % de la población económicamente activa ecuatoriana, o sea, a unos 2.300.000 ecuatorianos. Se desprende de las cifras mencionadas, que el problema del desempleo en el Ecuador, no podrá ser remediado en el corto plazo, y que se necesitarán, más bien, de esfuerzos sostenidos durante por lo menos los siguientes diez años para superar el grave problema ocupacional.

Frente a ello, una primera reflexión que corresponde realizar, es la de que muy difícilmente el país logrará solucionar satisfactoriamente este problema, mediante el funcionamiento más o menos espontáneo de las fuerzas del mercado y sus impactos en la economía nacional. Una segunda reflexión se refiere a que tanto en el Ecuador como en otros países, incluso desarrollados, empiezan a observarse relaciones no bien definidas entre el ritmo de crecimiento económico y el aumento del empleo. Más bien, lo que surge claro es que el desempleo se está convirtiendo en un problema crónico, generalmente independiente de la forma cómo se desenvuelve la economía nacional, esto es, si esta se encuentra en una fase de expansión o en otra de crisis o hasta de depresión.

De ahí que resulte indispensable indagar respecto a las causas del fenómeno del desempleo o, dicho de otra manera, de la carencia de fuerzas dinámicas generadoras de suficientes fuentes de trabajo en el país. Y, en esta dirección, es evidente que una causa sin duda esencial del fenómeno tiene que ver con la abultada concentración del ingreso y de la propiedad que, lejos de garantizar la presencia de importantes masas de ahorro capaces de invertirse y crear suficientes puestos de trabajo, lo que hace es alentar estilos de consumo muy elevados y hasta suntuarios, que generalmente se satisfacen mediante importaciones que terminan por generar efectos dinámicos de generación de empleo en el extranjero.

Otra causa sin duda muy importante del fenómeno del desempleo se encuentra en las características de la asimilación del progreso técnico. Un país como el nuestro, dependiente del abastecimiento de maquinarias, equipos, métodos de producción, tecnologías, incluso modalidades de consumo de los países capitalistas desarrollados, termina por favorecer cierta modalidad de acumulación de capital propia de países con una do-

tación de recursos muy diferente a la que existe en el Ecuador. Por cierto, al anotar este hecho, no es para renegar en paquete del avance científico moderno, ni mucho menos para proclamar la necesidad de retroceder a una suerte de folklorismo tecnológico, sino para destacar la necesidad de avanzar en el diseño de modalidades de aplicación de las tecnologías importadas de una manera que no implique alentar la desocupación de la mano de obra nacional.

Podría continuar mencionando otras causas generadoras del desempleo, pero lo esencial, es plantear qué hacer en la perspectiva de enfrentar el problema del desempleo, convertido en un fenómeno estructural.

Al respecto corresponde señalar que, como en muchos otros aspectos, no hay fórmulas elaboradas capaces de solucionar mágicamente el problema. El tema merece ser analizado y, en el ánimo de aportar a ello, me permito anotar solamente tres posibilidades como las siguientes: la primera, la disminución de la jornada de trabajo, sin reducción salarial, que es una medida que ya está en curso en muchos otros países y gracias a la cual, se lograrían aumentos de productividad de la mano de obra que deberían ser transferidos en favor de la creación de nuevos puestos de trabajo.

La segunda, alentar la inversión pública y privada en educación, ciencia, cultura, esparcimiento, tecnología, información, que son los sectores generadores de empleo en el contexto del nuevo paradigma tecnológico y que, a la vez, constituiría la respuesta adecuada a las exigencias del progreso social de nuestro país.

La tercera, el inicio de un proceso de redistribución de la tierra agrícola, a fin de abrir así amplias posibilidades de ocupación de la mano de obra especialmente de la población campesina e indígena.

Independientemente del criterio que usted tenga, estimado lector, con relación a las medidas propuestas, una cosa aparentemente está muy clara: la preservación de una situación caracterizada por bajos salarios y largas jornadas de trabajo no es generadora de empleo, consecuentemente, todas aquellas iniciativas de flexibilización laboral deben ser repensadas pues están llamadas a producir más desempleo y agitación social que deben de evitarse.

Emigración y desarrollo (16/01/2001)

Al simplemente observar la suerte que corren tantas y tantos ecuatorianos que han abandonado el país con la esperanza de encontrar mejores condiciones de vida en el extranjero, se puede reparar en lo inmensa y compleja que resulta la tarea de empezar a ejecutar una estrategia de desarrollo nacional que de verdad haga posible satisfacer las necesidades más sentidas de la mayoría de las y los ecuatorianos.

Se estima que no menos de 550 mil compatriotas nuestros han abandonado el país para tratar de encontrar trabajo e ingresos en el exterior. Son ecuatorianas y ecuatorianos en la mejor etapa de sus vidas, con su mejor talento, con su fuerza y capacidad más productiva. En favor de ellas y ellos, como de la mayoría de la población nacional, las clases sociales y grupos dirigentes de la economía y de la sociedad ecuatoriana no supieron ofrecerles oportunidad de realizarse en su propio terruño. La mayoría de las y los ecuatorianos que hoy residen en el extranjero, no lograron conseguir en su propio país ni tan siquiera empleo ni ingresos suficientes para vivir, para pagar sus deudas, para ahorrar, para labrar un futuro digno para sus descendientes.

Por ello es que muchos compatriotas se fueron del Ecuador con inmenso dolor y resignación. En el exterior son víctimas de una cruel explotación. Campesinos, obreros, artesanos, maestros, estudiantes, profesionales, intelectuales viven mal pagados en relación a los niveles salariales y los sueldos de los nacionales de cada país donde están. En otros casos, viven ejecutando tareas que los nacionales de los países hacia donde se dirigieron suelen rechazarlas. Allá viven extrañando a sus familiares y a su tierra, contribuyendo decididamente al progreso de las naciones desarrolladas; desarraigados y adaptándose diariamente a una cultura que no les pertenece. Allá viven codeándose diariamente con la persecución, el miedo, la denuncia de residencia ilegal y hasta la muerte.

Pero claro, en un mundo y un país donde el afán de lucro es el valor de todas las cosas y personas, pronto se pondera el enorme aporte que los compatriotas que emigraron y que trabajan en el exterior, realizan en favor del Ecuador, al remesar a sus familiares unos 1.200 millones de dólares anuales, un monto que representa nada menos que la segunda fuen-

te más importante productora de divisas que tanto reclama el país, después de las exportaciones de petróleo.

Pero contradictoriamente, cuando suceden desgracias como la ocurrida hace tres semanas en Murcia, España, donde se produjo un dramático accidente, un choque entre un tren y una furgoneta causando la muerte de 12 ecuatorianos, entonces el Canciller Moeller, con su tradicional locuacidad y temeraria imprudencia, se olvida del generoso aporte que los emigrantes ecuatorianos realizan desde el exterior -parte fundamental como lo digo del aporte económico, a veces con mucho dolor y sacrificio de nuestras y nuestros compatriotas- y dice que, ojalá los familiares de los fallecidos que residen en el país, permitieran la incineración de los cadáveres pues así su traslado sería más económico para el gobierno.

Frente al grave problema de la emigración y la difícil situación en que internamente nos desenvolvemos, es evidente que el tiempo se está agotando. Actualmente en el país, ante la lentitud e inestabilidad del crecimiento económico, el aumento del desempleo, el deterioro del ambiente y de la vida rural y urbana, la miseria de millones de personas, la diseminación de la inseguridad y la violencia, lo que se requiere ahora y de manera urgente es un quiebre profundo para que las cosas empiecen a ser mejores para todos.

El país necesita, además de la suscripción de un convenio con España para legalizar la permanencia de los connacionales en ese país, de un verdadero cambio en su conducción económica y política. La regularización de los compatriotas en España puede inclusive conducir a que los empresarios y empleadores españoles se nieguen a contratarlos. Por eso, los ecuatorianos que nacimos aquí, sin duda que queremos vivir aquí y morir aquí. Este es el país que nos pertenece. Un país generoso, lleno de recursos y de posibilidades inmensas que, debidamente aprovechadas, nos permitiría vivir con dignidad a todos.

Para ello, necesitamos producir más y distribuir de mejor manera los ingresos, lo cual significa no solamente elevar los sueldos y salarios de quienes menos ganan sino abrir nuevos y más anchos horizontes a la mayoría de la población, concediéndole acceso a la educación y a una mayor capacitación, asegurándole mejores condiciones de alimentación, salud y vivienda, permitiéndoles participación en los asuntos que les afecta.

Para hacer posible todo aquello son necesarios múltiples elementos y a ellos me he referido y espero continuar haciéndolo en posteriores artículos. Pero acaso lo esencial sea reconocer lo urgente que significa empezar a crear las condiciones políticas que hagan posible el cambio. En tal dirección, existen muchos que sostienen que para lograrlo, es indispensable la unidad nacional y la colaboración incondicional de todos los ecuatorianos con el gobierno. El autor de este artículo cree más bien que puesto que el progreso económico y social y la plena independencia económica y política de nuestro país son tareas llamadas a afectar ciertos poderosos intereses nativos y transnacionales, solo la organización y activa como consciente participación mayoritaria de las fuerzas populares, democráticas y progresistas del país en la vida política nacional, es la única que puede hacer posible el desarrollo ecuatoriano.

Al fin y al cabo, la historia nacional destaca que el Ecuador no se ha forjado al margen de la lucha sino en medio de ella. La independencia no se conquistó transigiendo con los conquistadores sino mediante el levantamiento revolucionario. La reforma liberal no fue el producto de la alianza entre liberales y conservadores sino resultado de la insurgencia del campesinado, las capas medias y el triunfo de los hombres de Alfaro. Entonces, el desarrollo nacional será la resultante de la lucha popular por nuestra independencia económica y política y la derrota de las fuerzas que se oponen al cambio. ¿Le parece a usted, amable lector?

Plataformas de lucha y cultura indígena (13/02/2001)

Una vez que finalizó el levantamiento de los indígenas, con la negociación de sus planteamientos y el consiguiente repliegue de todos ellos, concentrados en carreteras y varias ciudades del país, particularmente en Quito, parece pertinente ensayar algunas reflexiones sobre dicho movimiento y sus alcances consciente de que, al hacerlo, me encuentro muy lejos de adoptar una posición pontifical o de juez.

Pues bien, un primer elemento digno de comentarse es el relacionado con la agenda inicial. Esta, conforme la publicó un periódico de la capital, contenía una serie de pedidos, como la revisión de los precios de las gasolinas, gas y transporte, la rebaja del porcentaje del impuesto al valor

agregado (IVA) del 12 al 10 % y el mantenimiento en esos niveles durante los siguientes dos años.

Otro, es el pedido al Congreso Nacional para que se reforme la Ley de Juntas Parroquiales, estableciendo el presupuesto respectivo y la canalización de fondos para la gestión local, y de que se acepte como documento básico para el análisis de la seguridad social, el elaborado por el Frente de Salvación del IESS, rechazando el preparado por la Comisión Interventora. Un tercer pedido se refiere al archivo del proyecto sobre las autonomías provinciales. Un cuarto, la suspensión de todo financiamiento adicional para el salvataje bancario. Se trata de elementos propios de una agenda que bien podría haber sido suscrita por sectores sociales más amplios incluso populares urbanos.

En cuanto a pedidos específicos relacionados con el movimiento indígena, conviene mencionar la solicitud para que se asigne el dinero necesario para que las entidades que atienden a este sector puedan cumplir con su trabajo y, otro de naturaleza general, que el régimen se comprometa a otorgar un trato especial a las nacionalidades y pueblos amazónicos y a su desarrollo. En cuanto nada se dice respecto al carácter de dicho trato especial, bien se puede anticipar que son propuestas que se inscriben en el marco de referencia de la sociedad actual a la cual, por lo tanto, se la acepta implícitamente

Conforme el levantamiento indígena se desarrolló, con todos los graves acontecimientos que conocemos, los puntos últimos que concentraron la atención de ellos y del gobierno, fueron la rebaja del precio del gas, de los combustibles y de las tarifas de transporte público. Sobre estos puntos finalmente se negoció y los acuerdos que se alcanzaron determinaron la finalización del conflicto.

Para quien fue un simple aunque atento testigo de los acontecimientos que vivió el país entre el 23 de enero y el 7 de febrero último, no dejó de llamarle la atención que los indígenas, en su plataforma de lucha no hayan incluido, con suficiente prioridad y fuerza, elementos que, al parecer, son esenciales en su vida. Me refiero a los problemas de la tierra, del agua, del crédito, de la cooperación técnica, de la educación, de la salud, de la contaminación ambiental, de la preservación de sus valores culturales fundamentales.

Y es precisamente respecto a este último aspecto, los valores culturales de los indígenas, sobre lo cual me gustaría anotar los siguientes comentarios. Las movilizaciones de los indios expresaron una actitud de entereza, de ineludible valor, una paciencia para resistir, un sentido de comunidad y de íntima solidaridad que ciertamente impresionan. Frente a las amenazas y las agresiones mantienen una actitud de enorme tranquilidad y diría hasta de resignación. No se inmutan ni expresan temor. Su actitud de rebeldía se reviste de una paciencia y prudencia ante la cual toda agresividad represiva se estrella. Es como si se tratara del enfrentamiento de dos lógicas contrapuestas, de dos actitudes diferentes que al parecer no tienen puntos de encuentros comunes.

Pero en materia de objetivos, de cosmovisiones de estas dos lógicas, creo que aun no se han expuesto elementos capaces de permitirnos comprender, más allá de las razones referidas a la enorme responsabilidad que significa luchar por la sobrevivencia de las comunidades indígenas que - como lo insinúo al comienzo de este artículo- no se apartan de las comunidades marginales urbanas, cuáles son algunos de los rasgos esenciales del proyecto estratégico que los indios buscan preservar o cultivar como parte de su cultura a fin de que formen parte de un proyecto nacional global al cual debiéramos aportar todos los ecuatorianos.

Esto significa, entonces, que las negociaciones realizadas y los acuerdos alcanzados con el gobierno, tenderán muy pronto a agotarse y el libreto empezará nuevamente a surgir después de poco. Entonces, algo está haciendo falta en el país. Alguien, llámese partido político, ONG, universidad, está llamado a preparar un proyecto nacional global con el cual comprometerse a luchar. Los indígenas tienen la inevitable obligación patriótica, política y moral de expresar su visión sobre el país que anhelan, identificando aliados portadores de proyectos similares o compatibles. Esta tarea, que en rigor les corresponde realizar a los partidos políticos, no puede ser cumplida por estos, dado su grado de descomposición y desprestigio al cual se condujeron ellos mismos o los condujeron los beneficiarios de la globalización y el neoliberalismo.

Pero es evidente la necesidad que existe en el país de emprender en esta importante tarea. Muchos ecuatorianos somos inconformes y recha-

zamos a la actual sociedad. Pero creo que son muy pocos los que se preocupan por visualizar cómo debe ser la que la reemplace. Cuando lo sepamos, probablemente conozcamos también de mejor forma cómo intervenir para que se realice lo que deseamos, hecho que puede y debe dar lugar al diseño y ejecución de un conjunto de medidas de política económica verdaderamente diferentes. ¿Le parece a usted, amable lector?

Desempleo, el problema del siglo (20/03/2001)

Creo que buena parte de la ciudadanía comprende que el desempleo es un problema mundial que se agrava diariamente, generando a la vez dificultades y patologías de orden no solo económico sino social, político, cultural, como la disminución de los ingresos y la contracción del propio mercado para la producción, la delincuencia, la drogadicción, la prostitución, el alcoholismo, los homicidios, los suicidios. En el conjunto de países desarrollados y subdesarrollados se considera que existen no menos de 130 millones de personas desocupadas, siendo la mayor parte de estas mujeres. Solo en las naciones industrializadas se estima que existen alrededor de 60 millones de personas desempleadas.

En el Ecuador se ha llegado a sostener que al menos 500 mil personas se encuentran en la más franca desocupación, cifra esta que podría ser considerablemente mayor si es que, en los últimos años, no se hubiera intensificado la emigración y crecido considerablemente el número de trabajadores informales, esto es, el número de personas que trabajan por cuenta propia, sin remuneración, de otras que trabajan media jornada o un cuarto de jornada porque no encuentran alternativas, o de otras que trabajan con bajísimos niveles de productividad. Solo en la ciudad de Guayaquil se ha llegado a estimar que existen cerca de 160 mil trabajadores que no encuentran trabajo.

En el Ecuador, esta dramática situación tiene múltiples causas. Van desde el lento crecimiento económico del país, la ausencia de articulación o de vinculación entre las diferentes empresas que actúan en las múltiples ramas de actividad económica nacional, los procesos de apertura comercial que han facilitado las importaciones de bienes y de servicios del exterior, con lo cual se ha dinamizado la creación de empleo en el extranjero;

el uso de tecnologías cada vez más intensivas en capital; la fuga de ahorros hacia el exterior vía elevado servicio de la deuda externa, imitación de los patrones de consumo de las sociedades desarrolladas, inversión de ecuatorianos en el extranjero; la abismal desigualdad económica que impide la presencia de una vigorosa demanda interna capaz de favorecer las inversiones, la tendencia mundial a privilegiar los procesos de automatización.

Curiosamente, la razón esgrimida especialmente por sectores empresariales sobre que el desempleo es la consecuencia de la persistencia de rígidas relaciones impuestas por los trabajadores en materia laboral, como los despidos, las indemnizaciones, el salario mínimo, la organización sindical, no tienen ningún asidero teórico ni empírico, una vez que en los últimos años, como parte de las estrategias aperturistas, privatizantes, creyentes en las bondades del mercado ejecutadas en el país, tales relaciones se han flexibilizado a través de haberse aprobado las normas legales para el despido de personal, la contratación por horas, la vigencia del régimen de la maquila, la dificultad para realizar huelgas, firmar contratos colectivos y organizar sindicatos, el abandono del mínimo vital como referente salarial.

Actualmente se puede asegurar que, resultado de las innovaciones tecnológicas en los diferentes procesos productivos, el tiempo de trabajo necesario para elaborar los bienes y servicios se ha contraído sensiblemente. En todo el mundo existe una tendencia a reemplazar trabajo humano por máquinas, a desplazar trabajo vivo por trabajo acumulado o muerto. Entonces, este hecho se traduce en la vigencia de una desocupación crónica de la mano de obra, en el sentido que el desempleo se hace presente tanto en las fases de crisis y depresión como inclusive en las de reactivación y crecimiento de la economía mundial y nacional.

Lo ideal sería que esta serie de avances de las innovaciones tecnológicas y de las incuestionables posibilidades de aumentar considerablemente la producción, se tradujera en una reducción de la jornada laboral a fin de que la sociedad en su conjunto ojalá pudiera dedicar más tiempo al ocio creativo, a la capacitación, al cultivo y desarrollo de actividades culturales. Probablemente, muchas personas preferirían disponer más de su tiempo para descansar o para destinarlo a otro tipo de actividades más edificantes, a cambio de tener asegurado un ingreso digno.

Pero la realidad no es así y, más bien, las innovaciones tecnológicas, la automatización, el uso cada vez más intensivo de maquinarias, lo que provoca es desempleo, con las secuencias a las que me referí al comienzo del artículo. Es otra más de la serie de irracionalidades que se derivan del orden económico-social en el que vivimos. Por lo mismo, en el Ecuador está haciendo falta un verdadero debate no solo sobre la forma cómo se podría solucionar el desempleo en el país, sino sobre el papel que los seres humanos están llamados a desempeñar en el proceso productivo y en el entorno social nacional y universal en general, puesto que la automatización está conduciendo inevitablemente a la presencia de un proceso productivo sin trabajadores.

Hace pocos días se realizó en Manta el VIII Congreso Nacional de Industriales Ecuatorianos donde el tema ni fue mencionado. También en la misma ciudad tuvo lugar la reunión de la Primera Junta Ejecutiva Nacional de la Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres (CEOSL), donde tampoco se dijo nada al respecto. Tantas y tantas Organizaciones no Gubernamentales de Desarrollo no examinan el problema. Creo que las universidades no están ni remotamente interesadas en analizar el asunto y es importante que alguien lo haga y de manera urgente.

Quizás habrá que pensar en que lo esencial no es superar el desempleo para que la gente simplemente obtenga un ingreso y su familia no se muera de hambre. Si de crear empleo se trata, no cabe caer en las recetas simplistas de lograr que la economía crezca más, sin importar qué es lo que se produce. Keynes por ejemplo sugirió la necesidad de *levantar pirámides*. Tampoco corresponde rechazar a la automatización hasta volver a métodos anticuados. Lo importante parece ser otorgar a todos los ecuatorianos un sueldo básico para que satisfagan sus necesidades esenciales. En el Japón, por ejemplo, algunas grandes empresas otorgan como beneficios a sus trabajadores, el “empleo de por vida”, lo cual nos acerca a la fórmula anterior.

En cualquier caso, parece que en la situación actual del Ecuador, donde la decisión de invertir y de producir depende del lucro individual, la atenuación del grave problema del desempleo no tiene otra salida que

proceder a disminuir la jornada de trabajo sin reducción salarial. ¿Le parece a usted, amable lector?

El ALCA y the american way of life (24/04/2001)

Cuando salga este artículo, el presidente Noboa estará en el país de regreso de Quebec, Canadá, donde junto a sus colegas de 33 países latinoamericanos “negoció” las diferentes instancias de incorporación del Ecuador al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). La palabra negociar es quizás muy ambiciosa e inoportuna puesto que, ciertamente, nada había ya que negociar. Las cosas estaban decididas de antemano y la cumbre presidencial no fue sino una reunión formal más, donde el presidente ecuatoriano tuvo que asentir, simplemente hacer la venia y firmar.

Claro que en descargo de Gustavo Noboa habría que señalar que su gobierno heredó una serie de elementos que lo condujeron a que fuera a Quebec a suscribir la formal iniciación del ALCA. Primero, la decisión unilateral de Sixto Durán Ballén quien, como parte de su recetario gubernamental aperturista y neoliberal decidió en 1994, en la Cumbre Presidencial de Miami, incorporar al Ecuador al Área de Libre Comercio de las Américas, una iniciativa del ex Presidente de los Estados Unidos George Bush (padre). Se trató de una decisión ingenua, que reflejó incompetencia y entreguismo gubernamental.

En segundo lugar hay que reconocer que antes y después de Durán Ballén los gobiernos del Ecuador asumieron, como uno de sus principales compromisos por, según ellos, alcanzar el bienestar de la población ecuatoriana, endeudar al país hasta la coronilla, someterse a los condicionamientos impuestos por los organismos internacionales, fomentar un modelo típicamente exportador, promover la libre importación de bienes y servicios, atraer al capital extranjero, abaratar la mano de obra para lograr que el país sea competitivo, entregar la Base de Manta, decretar la dolarización, promover un acentuado proceso de desnacionalización cultural. Durante los últimos años, la desnacionalización cultural del Ecuador ha sido tan grande, que hasta alcanzó a la cúpula misma del gobierno de Mahuad, cuando la mayoría de sus ministros eran personajes educados en Estados Unidos.

Y claro, después de tantas y tan ingeniosas como “patrióticas” medidas y con el aporte de dirigentes gubernamentales formados en Norteamérica, el Ecuador estaba listo y maduro para formar parte del ALCA. Es más, dirán algunos, el hecho de que el país pase a formar parte del más grande mercado regional mundial es una decisión realista y desde todo punto beneficiosa pues nos permitirá, esta vez sí, sacudirnos, ser más eficientes, más laboriosos, más creativos, más modernos, más productivos. El ALCA, dicen sus panegiristas, hará que seamos como los norteamericanos en su forma de producir, de consumir, de pensar, de reír, de bailar, de llorar. Al fin en tierra ecuatoriana se impondrá the american dream, el sueño americano.

Pero este júbilo, que suele expresarse mediante el desprecio a todo vestigio de cultura y soberanía nacional, debe ser repensado, pues como en muchos otros casos, se trata de un simple sueño, un espejismo que más adelante se tornará en inevitable pesadilla o frustración para la mayor parte de los ecuatorianos.

Es que la implantación del ALCA, al profundizar la apertura comercial y la desregulación financiera va a debilitar mucho más políticamente al Estado nacional. Va a volver más precaria a la economía ecuatoriana dada la enorme asimetría existente con los Estados Unidos. Va a acentuar el proceso de desindustrialización. El país se va a consolidar como una economía primaria exportadora y permanentemente deficitaria en términos comerciales, tecnológicos y financieros. El Ecuador, dado su tamaño y debilidad económica va a convertirse en una suerte de nueva colonia norteamericana.

Lo curioso es que tratándose de un tema tan trascendental para el presente y sobre el futuro del Ecuador, los gobiernos que nos embarcaron en este proyecto norteamericano, no nos hayan consultado ni peor solicitado mandato alguno para emprenderlo. Ni siquiera los congresistas lo han examinado. Estos ahora están al parecer más interesados en definir su status de empleados públicos o de dignatarios de elección popular a fin de poder o no incrementar sus ingresos monetarios mensuales.

Frente a esta serie de acontecimientos, quedan muchas cosas por hacer. La primera y acaso esencial, recuperar y fortalecer la capacidad de pen-

sar y de actuar del pueblo ecuatoriano. Si el pueblo pierde capacidad para ejercer un pensamiento propio, autónomo, independiente, pues todo está perdido, una vez que se habrán agotado las reservas culturales de la Nación. Entonces, es necesario distinguir y conseguir que a los puestos de dirección gubernamental, empresarial, educativa, académica, laboral, informativa lleguen personas con interés y capacidad para fomentar y enriquecer la identidad nacional.

Una segunda tarea también fundamental. Empezar ahora mismo a construir una política de resistencia al intento de convertir al Ecuador en una neocolonia. El Congreso, las universidades, los gremios profesionales, las agrupaciones sociales, los medios de información están en la obligación patriótica, política y moral de examinar todas las cuestiones relacionadas con el ALCA, de conformar comisiones especiales de seguimiento y evaluación de sus mecanismos y resultados. El ALCA, como la dolarización, la Base de Manta, la pobreza, la desigualdad, no pueden convertirse en fatalidades históricas.

Lo anterior no debe ser apreciado como un empeño por abrazar posiciones autárquicas ni por alentar enfrentamientos con el pueblo norteamericano; mas, si queremos que los Estados Unidos nos traten con respeto, debemos ejercer una clara conducta de dignidad y firmeza, abandonando toda postura de servilismo y obsecuencia. Nuestra preocupación esencial debe ser construir una nación, donde se promueva el bienestar de todos los ecuatorianos, respetando su diversidad y el legítimo derecho de atención a sus intereses esenciales. En esta tarea, una verdadera integración andina y latinoamericana, por razones socioeconómicas, culturales e históricas, debe merecer un especial aliento. ¿Le parece a usted, amable lector?

Reflexiones sobre el desempleo en el Ecuador (09/05/2001)

Hace unas pocas semanas escribí el artículo “El Desempleo, el problema del siglo”, en el cual sostenía que la desocupación es un problema sobre cuya superación existe poca preocupación general en el país, no obstante que se agrava diariamente, generando a la vez dificultades y patologías de orden no solo económico sino social, político, cultural, como la disminución de los ingresos y la contracción del propio mercado para la

producción, la emigración, la delincuencia, la drogadicción, el alcoholismo, los homicidios, los suicidios, la prostitución.

Ahora me es grato reconocer y destacar que la semana anterior el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS) de la Fundación Friedrich Ebert de Alemania, acaba de publicar un interesante trabajo sobre *Empleo y Economía del Trabajo en el Ecuador: algunas propuestas para superar la crisis*. Se trata de un pequeño libro que recoge los aportes de un grupo de expertos en empleo, con conocimientos especializados en educación, ciencia, tecnología y desarrollo local. A la preparación del libro han contribuido, además del ILDIS, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y organismos nacionales como ODEPLAN, INFOPLAN, SIISE y los proyectos PRODEPINE y PRONADER, los Ministerios de Trabajo y Recursos Humanos y Bienestar Social.

En el libro se ofrecen elementos esenciales para la promoción, reactivación y reestructuración de los actores económicos que conforman la economía del trabajo o popular, integrada por pequeñas y medianas empresas, organizaciones cooperativas y comunitarias, unidades domésticas familiares, comunidades locales heterogéneas, que son, según los autores, intensivos en el empleo de fuerza de trabajo con una reducida dotación de capital.

Mantengo mis reservas frente a una serie de apreciaciones de los autores del libro, las cuales las expongo en un corto espacio introductorio cuya elaboración me solicitó el director del ILDIS y que, de paso, aparece con un par de pequeños errores. Pero en cualquier caso, se trata de un esfuerzo ciertamente importante que una institución extranjera como la Fundación Ebert realiza en favor del mejor conocimiento de uno de los más graves problemas que vivimos en el Ecuador

Dos valiosas reflexiones se desprenden del trabajo publicado. La una, la imposibilidad de que el Ecuador pueda solucionar satisfactoriamente el problema del desempleo, mediante el funcionamiento más o menos espontáneo de las fuerzas del mercado y sus impactos en la economía nacional. Más bien, se puede advertir que, como resultado de todo este proceso aperturista y de carácter esencialmente neoliberal ejecutado du-

rante las dos últimas décadas en el Ecuador, hoy se advierte el aumento de la pobreza, la desnutrición, el desempleo, la violencia, la degradación del medio ambiente, a pesar de lo cual, políticos y asesores de gobierno, así como profesionales pertenecientes a universidades y organismos internacionales de todo tipo, insisten en que la liberalización y la desregulación de la economía mundial, es beneficiosa para los habitantes de todas las naciones.

La segunda reflexión, la de que en todos los países del mundo hoy el desempleo se está convirtiendo en un problema crónico, generalmente independiente de la forma como se desenvuelve la economía nacional, esto es, sobre si esta se encuentra en una fase de expansión o en otra de crisis o hasta de depresión. De ahí que resulte indispensable profundizar los análisis respecto a las causas del fenómeno del desempleo en el país.

Precisamente en esta última dirección, conozco también que el ILDIS ha patrocinado la realización de una investigación un tanto más reflexiva y profunda que la comentada. Se trata de un interesante trabajo que persigue indagar sobre las causas empíricas y teóricas del desempleo en el mundo, América Latina, el Ecuador y en la ciudad de Guayaquil. El documento contiene una abultada información, que puede ser muy apreciada en el momento de emprender en debates y reflexiones sobre el grave problema ocupacional.

Este último es un trabajo de corte esencialmente académico, útil especialmente para las tareas de enseñanza aprendizaje en las universidades pero con el cual sería fácil conformar un libro cuya publicación podría ser bastante demandada, pues se trata de un tema que está exigiendo una muy activa discusión.

Pues frente a los dos trabajos señalados, es pertinente felicitar una vez más el aporte del ILDIS. Su labor en el Ecuador está contribuyendo a poner el dedo en la llaga. Es la forma de proceder frente a los más candentes problemas que afligen a la sociedad nacional.

Mi respuesta a El Círculo (I) (22/05/2001)

Una persona integrante de El Círculo, el señor Stefano D'Aniello, en artículos publicados el 28 de abril y el 12 y 19 de mayo del presente año, se

ha referido a un artículo mío del 24/04/2001, donde cuestiono la adhesión del Ecuador al ALCA. Como resultaría imposible ocuparme de todos los aspectos por él tratados, me limitaré a reflexionar brevemente sobre los que considero más importantes y que espero que complementen lo dicho hasta aquí y sean de interés para el lector.

1. En su primer artículo, el señor D'Aniello me atribuye expresiones que yo no he mencionado como aquellas de que propongo *una política de sustitución de importaciones, lejos del mercado global y de los yanquis* o aquella otra de que culpo *a las reformas neoliberales que ha tenido el Ecuador desde el gobierno de Febres Cordero y, especialmente, las de Durán Ballén y Mahuad, de todos los males que hemos padecido* y que por cierto padecemos.

Con toda consideración les pediría al señor D'Aniello y a todos los que han seguido esta presentación de opiniones, que lean nuevamente mi artículo a fin de que constaten mis verdaderos puntos de vista sobre el tema; pues, si se asume el fácil camino de imputarme lo que no he dicho o de pretender desvalorizar mis argumentos atribuyéndome *un imperialismo extremista característico de la ideología* que sostengo, se esfuma todo espíritu constructivo para examinar los problemas.

2. Sostuve que mi cuestionamiento a la adhesión del Ecuador al ALCA, *no debe ser apreciado como el empeño por abrazar posiciones autárquicas ni por alentar enfrentamientos con el pueblo norteamericano; mas, si queremos que los Estados Unidos nos traten con respeto, debemos ejercer una clara conducta de dignidad y firmeza, abandonando toda postura de servilismo y obsecuencia. Nuestra preocupación esencial debe ser construir una nación, donde se promueva el bienestar de todos los ecuatorianos.* Está claro, entonces, que no se trata de buscar la autarquía sino de analizar con rigor y prudencia lo que más nos conviene. Por cierto, defiendo la propuesta de la integración latinoamericana, por razones socioeconómicas, históricas y culturales.
3. Estoy lejos de divinizar al proceso industrializador sustitutivo de importaciones que tuvo lugar en el Ecuador a partir más o menos de la

década de los 60; como resultado de la crisis del modelo agroexportador de entonces; pero creo que, a pesar de todos los bemoles, se trató de un proceso que hizo posible un acentuado crecimiento de las fuerzas productivas, de la producción, del empleo, de los ingresos incluso de una mejor distribución de estos en el país. Cuando el proceso de industrialización se debilitó y hasta se hizo inviable, como consecuencia, entre otras, de la ausencia de políticas enderezadas a ampliar las dimensiones del mercado nacional y para avanzar hacia la fabricación de bienes intermedios y de capital y la exportación masiva de manufacturas, la contratación de una abultada deuda externa se presentó como salvavidas para contrarrestar la caída de la producción y de las inversiones. Pero naturalmente con el correr de los años y dadas las condiciones verdaderamente desfavorables de tal contratación, la deuda se fue transformando en una verdadera adicción. Hoy el país debe al exterior más que lo que debía en 1980 o en 1990, no obstante que solo por concepto de intereses hemos entregado al extranjero, durante 1990-1999, 9.654 millones de dólares, más del 50 % de la producción nacional lograda el último año.

4. No culpo al neoliberalismo de todos los problemas que hemos padecido y que padecemos. En múltiples artículos y, por supuesto, en el del 24 de abril último, no atribuyo solo a la conservadora política conocida como neoliberal, la grave crisis que padece el Ecuador. En mi artículo del 24 de abril lo que sí hago es sostener -y me reafirmo en ello- que la política económica de corte neoliberal ejecutada en nuestro país durante las dos últimas décadas -crecido endeudamiento externo, condicionamientos impuestos por los organismos internacionales, promoción de la libre importación de bienes y servicios, abaratamiento de la mano de obra, entrega de la Base de Manta, dolarización de la economía nacional- y, con una conducción gubernamental a cargo de ministros y altos funcionarios formados en Norteamérica, el Ecuador estaba listo y maduro para formar parte del ALCA.
5. Pero entre lo anterior y la aceptación de que todo lo malo que existe en el Ecuador debe ser atribuido al neoliberalismo hay una clara

diferencia. La crisis, el endeudamiento y los problemas propios del subdesarrollo, van más allá de tal política y tiene sus raíces en deformaciones y contradicciones más profundas, propiamente estructurales, relacionadas con el carácter capitalista de la formación económica social que vivimos en el Ecuador.

Lo anotado, no significa liberar de culpa a la política neoliberal de lo que actualmente pasa en el país. Después de más de dos décadas de ejecución de esta política, en la sociedad ecuatoriana se han acentuado los gravísimos problemas de desigualdad, pobreza, desempleo, deterioro ambiental, delincuencia, inseguridad, mengua de su soberanía, incluso reactivación del endeudamiento externo, ineficiencia e inflación. Pero constatar lo anterior no debe conducirnos a admitir que, para superar los problemas, basta emprender en un simple retorno a una política de corte keynesiano que ni la veo factible ni tampoco conveniente. En cuanto a la propuesta del señor D'Aniello de *intentar un modelo orientado hacia el exterior*, quizás valga la pena hacerle notar que es lo que hemos hecho durante toda la vida republicana.

Mi respuesta a El Círculo (II) (29/05/2001)

Continuando con mis comentarios sobre los artículos publicados por el señor D'Aniello, de El Círculo, deseo ahora anotar las siguientes reflexiones:

6. Sobre el tema del “libre comercio” el señor D'Aniello sostiene que *el libre intercambio de bienes y servicios beneficia a todos los países envueltos y no solo a los del primer mundo* y que de este proceso *los consumidores salimos ganando siempre*.

La realidad es bastante distinta. Lo que hoy existe en el mundo no es competencia libre sino competencia monopolística; o sea, una confrontación comercial, tecnológica, financiera entre los más fuertes capitales transnacionales, a fin de lograr una mayor porción del mercado mundial y elevar el nivel de sus utilidades. Esto significa que el proceso de concentración y centralización del capital o de monopolización de la economía si-

que presente y él castiga a enormes masas de trabajadores que son lanzados a la desocupación, con lo cual estos ven anulada o por lo menos disminuída su condición de consumidores capaces de beneficiarse de una supuesta “destrucción creativa” de la riqueza nacional e internacional. Hoy el desempleo es un problema crónico que está presente en fases de auge y de crisis de la economía mundial y que atormenta a todas las naciones.

Entonces, los grandes beneficiarios del supuesto “libre comercio” son los inmensos conglomerados o consorcios trasnacionales, convertidos en verdaderos Estados privados sin fronteras geográficas, que no rinden cuenta a nadie. Son estados privados sin ciudadanos que en su mortal rivalidad por el mercado, unas veces se destrozan, otras se asocian y forman alianzas estratégicas, sacrificando recursos humanos y naturales sin ninguna consideración.

Desde otro punto de vista, el supuesto libre comercio ha ahondado la diferencia entre países ricos y países pobres a escala mundial. En términos de ingresos por habitante; si en 1820 tal diferencia era de 3 a 1, en 1870 fue de 7 a 1, en 1913 de 11 a 1, en 1950 de 35 a 1, en 1973 de 44 a 1, en 1992 de 72 a 1, en 1997 de 74 a 1. Durante los últimos 30 años, el número de países pobres se ha duplicado, pasando de 25 a 49. Estas cada vez más grandes diferencias se expresan también en términos de participación de los países ricos y pobres en el PIB mundial, en las exportaciones de bienes y servicios, en la captación de inversiones extranjeras directas, en el uso del Internet, etc. conforme lo demuestran las cifras constantes en los informes *sobre Desarrollo Humano* de las Naciones Unidas.

No hay motivos para creer que para el futuro, en el marco del Área de Libre Comercio de las Américas, las cosas vayan a cambiar en favor de países subdesarrollados como el nuestro. Más bien, en razón de la enorme asimetría existente entre Estados Unidos y el Ecuador, y dados los propósitos de liberación comercial y desregulación financiera que propicia el ALCA, las desigualdades van sin duda a acentuarse.

7. Bajo ningún punto de vista considero que sea un crimen estudiar en los Estados Unidos. Creo más bien que estudiar allá debería constituir un verdadero privilegio para conocer bien a ese país y gracias a ello formular nuevas e imaginativas maneras de sacar provecho a las

relaciones comerciales, financieras, tecnológicas necesarias de ser establecidas entre las dos naciones. Por esto, quizás sea conveniente que vayan a estudiar a los Estados Unidos personas con suficiente madurez y conocimiento de los verdaderos problemas del Ecuador.

Lo que cuestiono es la creencia ciega de ciertos gobernantes, profesionales, empresarios, académicos, editorialistas educados en Estados Unidos, de que los problemas del Ecuador se solucionarán automáticamente mediante nuestra integración económica y política subordinada a ese país o imitando lo que este hizo en el pasado o hace en el presente, ignorando o despreciando especificidades económicas, culturales, sociales e históricas que existen entre los dos países y que muchos ecuatorianos no conocen ni entienden.

La educación de la juventud es un asunto vital. No es casual que, precisamente en la Cumbre de Quebec, celebrada hace escasas semanas, el propio Presidente de los Estados Unidos haya propuesto un programa de pasantías y de capacitación de funcionarios gubernamentales latinoamericanos en los Estados Unidos. Ojalá que en esta iniciativa no exista el propósito de cooptación de buena parte de jóvenes y de funcionarios estatales latinoamericanos y ecuatorianos.

8. La creación del Área de Libre Comercio entre Canadá, Estados Unidos y México, sin duda que ha desnacionalizado culturalmente a este último país. Así lo reconocen varios pensadores, académicos, periodistas de México. Pero desnacionalización cultural no es un acto sino un proceso y este se expresa en la influencia que sobre las mentes de los mexicanos ejercen la radio, la televisión, los artículos, los libros norteamericanos, con sus insistentes mensajes sobre cómo se debe gobernar a México, la privatización como sinónimo de modernización, la mercantilización de la vida cotidiana, el deterioro de la soberanía política, el elitismo, el consumismo, la violencia, la divinización de la competitividad, la productividad, el eficientismo, las firmas trasnacionales, hasta los febriles empeños por norteamericani-
zar la historia de México. Este proceso desnacionalizador es tan vasto que uno de los más notables escritores mexicanos, Carlos Fuen-

tes, dice que siendo México una de las pocas culturas del mundo poseedoras de una riqueza y continuidad inigualables, donde existe un respeto y hasta orgullo por lo indígena, hoy esa fortaleza cultural exhibe grietas profundas y que, el día en que el país la pierda, ese día la soberanía mexicana habrá desaparecido por completo y para siempre.

Quiero para los niños lo que quiero para mis hijos (12/06/2001)

Con motivo de la celebración, el pasado primero de junio, del día universal del niño, he deseado escribir el presente artículo utilizando un título que corresponde a un enorme grafiti que, recuerdo, se encontraba a la entrada de la ciudad de Panamá, saliendo de su aeropuerto internacional. Se trata de un hermoso pensamiento, atribuído al general Omar Torrijos, y que persigue traducir el deseo de todo padre, de toda madre, de todo ciudadano de cualquier país del mundo de lograr que sus hijos y toda niña o niño sea merecedor no solo de condiciones materiales sino afectivas y de cuidado social indispensables capaces de labrar un presente y un futuro mejor para ellos, en aras a conseguir un nivel de vida digno y solidario para toda la Humanidad.

Es que si usted, amigo lector, es padre de familia, posiblemente quisiera para sus hijos cosas tan elementales como las siguientes: primero, que ojalá ninguno de ellos tenga que acostarse con hambre. Segundo, probablemente desearía que todos sus descendientes contaran con la atención médica necesaria para que, en casos de enfermedad, su salud fuera restablecida rápidamente. Tercero, le preocuparía que sus hijos dispusieran del tiempo necesario para divertirse, para jugar, para hacer amigos, para junto con ellos aprender más y más cosas que probablemente no las aprenden en las escuelas. Cuarto, es posible que usted quisiera que sus hijos vayan preparándose en aquello que más anhelan o que va más con sus vocaciones e intereses esenciales. Quinto, le interesaría que sus hijos, desde tiernos, vayan abrazando valores y principios que los conviertan en ciudadanos respetables, merecedores al afecto y la consideración de todos los que los rodean. Para más adelante, cuando sus hijos sean personas maduras, posiblemente usted desearía que fueran buenos profesionales, que ojalá

pudieran seguir un curso de postgrado quizás en el extranjero y que se desenvuelvan pensando siempre en hacer bien a las otras personas, o sea amando a los demás y pensando en construir un país donde se respete nuestra naturaleza, donde querramos siempre vivir. Un país digno y solidario.

Parecen deseos sensatos y factibles de lograrlos pero, ¿qué se necesitaría hacer aquí y ahora para alcanzarlos? Creo que muchas cosas como conseguir que el padre de familia, usted, disponga de un ingreso adecuado para financiar una buena alimentación, una vivienda digna y condiciones de educación y de salud apropiadas y eficientes. Sería necesario, por ejemplo, que las niñas y los niños solo se dedicaran a estudiar, que dispusieran del tiempo y de las condiciones necesarias para su formación y esparcimiento. Que tuvieran algún juguete, que lo compartieran con otros menores y que en su escuela o colegio existieran buenos maestros, que a su vez estuvieran bien pagados para que solo se dediquen a formar a la juventud. Que en las escuelas y colegios hubiera equipos, bibliotecas, juegos que permitan aprender y desarrollar el ingenio y la creatividad de los infantes y de los jóvenes del Ecuador.

Desdichadamente, las condiciones que hoy imperan en nuestro país no son las adecuadas como para pensar que, la actual generación de niñas y niños, podrá alcanzar propósitos como los mencionados. Hoy, en nuestro país, la pobreza se ha extendido, hasta el punto en que, en 1999, más del 70 % de los menores de 18 años eran pobres y ello sin duda ha determinado que el 60.3 % de niñas y niños de 10 a 17 años estudien y también trabajen. De este porcentaje, la mayor parte corresponde a las niñas, es decir que, desde edades tan tempranas en nuestro país ya se advierten diferencias de género. Un aspecto adicional, más del 60 % de la población infantil del Ecuador es desnutrida y miles de niñas y niños asisten a la escuela o al colegio sin probar ningún alimento. Esta situación es la causa esencial para su bajo rendimiento, incluso para el deterioro de sus ilusiones, de su dignidad, de su alegría y de su autoestima para contribuir al fortalecimiento de la nación.

Entonces, la situación de la niña y del niño en el Ecuador y en la mayor parte de los países del mundo sin duda que ha desmejorado. Informes de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), por ejemplo, dan

cuenta de condiciones de vida de la población infantil verdaderamente infrahumanas. Incluso en países desarrollados como los Estados Unidos, donde el 20 % de los menores vive bajo el umbral de la pobreza y al menos unos tres millones de niñas y niños son víctimas de abandono, malos tratos y violencias sexuales.

Actualmente se dice que en los Estados Unidos; existen unos 300.000 mil menores prostituídos, tres veces más que en 1980. Estados Unidos, un poderoso país que debería dar ejemplo de preocupación por las niñas y los niños norteamericanos y de todos los países del mundo, aun no ha ratificado el Convenio 138 de la OIT sobre Trabajo de Menores y es uno de los dos países miembros de las Naciones Unidas (el otro es Somalia) que no ha ratificado la Convención de los Derechos del Niño. En el caso ecuatoriano, duerme en el Congreso Nacional el proyecto de Nuevo Código de la Niñez y Adolescencia y la creación consiguiente del sistema integral de atención a los menores del país.

¿Qué hacer, entonces, para superar esta situación y lograr que nuestros hijos y todas las niñas y niños del mundo puedan contar con las condiciones indispensables para su desarrollo humano y ser sujetos de buen trato y respeto a sus derechos esenciales?

Creo que, lo primero, cobrar conciencia sobre que, problemas tan graves como los citados, no es posible superarlos mediante la exhortación mendicante a los que más tienen para que adopten una actitud compasiva y de caridad. Tampoco mediante acciones paternalistas o clientelares a cargo de los diferentes gobiernos, menos con la realización de maratones radiales o televisivos que si bien hacen posible entregarles un juguete a una porción muy pequeña de niñas y niños pobres y hasta otorgarles un mínimo y transitorio alivio, no inciden sobre las raíces de las principales dificultades que tienden a reproducirse de una manera acumulativa e inmediata.

Segundo, aportar al señalamiento de soluciones para asegurarles a todos los menores del Ecuador, condiciones dignas de existencia. En tal perspectiva, creo que sería beneficiosa la ejecución de medidas económicas y sociales verdaderamente transformadoras destinadas, por ejemplo, a detener en el país los excedentes que genera la economía ecuatoriana a fin de invertirlos en aquellas obras capaces de asegurar producción, empleo,

ingresos, capacitación adecuada, mejoras sustantivas y permanentes en materia de salud para la mayoría de la población nacional. Tales excedentes hoy se fugan al exterior vía pago oneroso de intereses de la deuda externa, de cuantiosas utilidades de las inversiones foráneas, del consumismo, del armamentismo, de la corrupción, de la importación de bienes y servicios que el país podría y debería producir sin ninguna dificultad.

Piense usted, amable lector, que solamente por concepto de intereses de los préstamos recibidos por el Ecuador y por utilidades de las inversiones extranjeras radicadas en territorio ecuatoriano, nuestro país envió al extranjero, durante 1990/1999, 19.781 millones de dólares, o sea, más que la deuda externa que hoy debemos y más que toda la producción nacional lograda en el último año.

Tercero, creo que si de verdad queremos sentar las bases para ofrecer a nuestros hijos bienestar, igualdad social, libertad y dignidad, es indispensable admitir que la responsabilidad de nuestro desarrollo depende de nosotros mismos, del compromiso que asumamos para efectuar las reformas necesarias a fin de movilizar plenamente nuestros recursos básicos y asegurar la participación del pueblo en el proceso y en los beneficios del crecimiento económico nacional. ¿Cuánto de estas tres condiciones estamos haciendo aquí y ahora para lograr cambiar la situación actual que luce insatisfactoria?

NOTA: Debido a un viaje que realizaré al exterior, me ausentaré como editorialista de las páginas de “El Telégrafo” durante las próximas seis semanas. Reiniciaré mi tarea a partir de mediados de julio próximo.

La economía solidaria ¿un nuevo modelo de desarrollo? (14/08/2001)

En los últimos tiempos, ante el propósito de avanzar en la definición de alternativas de desarrollo diferentes a la estrategia neoliberal que se viene ejecutando en el Ecuador, desde comienzos de la década de los 80 del siglo anterior, algunas organizaciones sindicales y populares han planteado la necesidad de reflexionar sobre un nuevo concepto que suena novedoso y sugerente, la economía solidaria, definida como el conjunto de iniciativas, unidades productivas, de comercialización y consumo de los sectores populares y medios surgidos tanto en los países centrales como en los

periféricos en las últimas décadas. Formarían parte de la economía solidaria cooperativas, clubes de trueque, microempresas, ONGs, sindicatos, grupos de profesionales, grupos eclesiales, órganos locales de poder, siempre y cuando constituyan formas de cooperación directa y equitativa entre las personas que las conforman.

La economía solidaria suele ser apreciada por algunos como una respuesta a la crisis, por otros como una estrategia de desarrollo, una escuela de autogestión, de formación de sujetos sociales en revoluciones locales, una forma de vivir forjadora de una nueva cultura, una actividad que busca el “bienser” y no solo el “bienestar” y hay algunos que inclusive la consideran como una salida innovadora capaz de reorientar estratégicamente las luchas de antiguos y nuevos agentes sociales por una radical transformación de las relaciones sociales en el campo de la economía, la política y la cultura en la perspectiva de lograr una solidaridad global. Ofrecen como ejemplos relevantes de economías solidarias, la experiencia de la Red Global de Trueque en Argentina, la Red de Unitrabajo en el Estado Río Grande Del Sur, Brasil; la experiencia del Programa Economía y Trabajo en Chile; la Red de Economía Solidaria del Perú; la experiencia de Maquita Cushunchic en el Ecuador.

Desafortunadamente, no existe una cuantificación y caracterización más específica de este heterogéneo universo de unidades productivas, de comercialización y de consumo propias de la economía solidaria. No se mencionan suficientes informaciones empíricas sobre este por algunos denominado tercer sector de la economía plural (el primero y el segundo serían la empresa privada capitalista y la empresa estatal) lo cual impide conocer la verdadera importancia de la economía solidaria, su ubicación regional y sectorial, sus interrelaciones con el resto de las unidades productivas de los diferentes sectores, su contribución a las exportaciones, sus demandas de importaciones, sus niveles de endeudamiento, su participación en el abastecimiento de la demanda doméstica; su capacidad para generar empleo de mano de obra y excedentes para fortalecer el proceso de acumulación social de capital.

Ahora bien, por los elementos que se mencionan, se puede colegir que las unidades productivas de la economía solidaria han sido creadas para esencialmente proteger a sus miembros de la desintegración económi-

ca, social y política que provoca las crisis del sistema y la ejecución de medidas de política que buscan preservarlo; es decir, se trata de un “sector” de sobrevivencia, creado con finalidades más bien defensivas de sus integrantes, ante la imposibilidad de que la economía nacional, en el contexto de un modelo aperturista y neoliberal, garantice la reproducción de la fuerza de trabajo vía salario.

Esto significa, por consiguiente, que las unidades propias de la economía solidaria tienen el propósito de ofrecer a sus miembros posibilidades de protección de los efectos generados por las estrategias globales de naturaleza neoliberal; sin embargo, se trata a la vez de unidades u organizaciones que no tienen o no parecen tener la densidad ni la vitalidad indispensables para lograr su reproducción y expansión de una manera diferente a la que impone la rentabilidad del capital. Es más, ese solapado propósito de querer convertir a los obreros desocupados, a los trabajadores informales, a los indígenas en mini-microempresarios, parece responder a una estrategia enderezada a preservar la desigualdad y la pobreza en el país, conforme se ha ocupado de demostrarlo el neoliberalismo que viene ejecutándose en el Ecuador desde hace al menos dos décadas.

Por lo mismo, es ilusorio que de esta economía solidaria pueda surgir una masiva inversión de capital, de producción, de empleo y de ingresos capaz de satisfacer a la mayoría de la población.

Por otro lado, resulta enteramente contradictorio que se ofrezcan como casos exitosos de economía solidaria a los que se ejecutan en Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, Perú, países donde precisamente en los últimos años se han reactivado problemas económicos y sociales, se ha incrementado el desempleo, la desigualdad, la pobreza, hecho que mueve a plantear la necesidad de abandonar la ejecución de estrategias neoliberales y la simple adopción de mecanismos puramente defensivos de los trabajadores. Por cierto, esto último no implica aislar al país de las tendencias internacionales ni reeditar intervencionismos indiscriminados del Estado, que ya han mostrado claramente sus limitaciones y han conducido a la postración, incertidumbre y desesperanza a la mayoría de la población nacional.

Lo pertinente, parece ser, por lo tanto, construir un sistema productivo más coherente e integrado, capaz de superar las heterogeneidades nacionales y, especialmente, la restricción externa, objetivo no alcanzado por

ninguno de los modelos por los que históricamente ha atravesado el desarrollo del capitalismo en el Ecuador.

Lo expresado significa que un proyecto económico de largo plazo exige ajustes de fondo. El país requiere de un modelo capaz de garantizar la rearticulación de su mercado interno, sin descuidar el fomento de las exportaciones, el impulso a un proceso de sustitución de importaciones y, sobre todo, un manejo diferente del problema de la deuda externa, convertida actualmente en el grillete más gravoso de la economía ecuatoriana. Una estrategia de estas características reclama a la vez un modelo de alianzas sociales y políticas de sectores, grupos, clases inconformes con la situación actual del país y anhelosas de que las cosas cambien. El objetivo de la población más pobre del país, no puede consistir en volverse mini micro empresarios ni en sujetos beneficiarios de un eventual “boom” de la artesanía nacional. En todo este asunto está en juego el verdadero desarrollo del país, que no es solo un aumento del ingreso por habitante sino una nueva visión de la vida, de la historia, del mañana. ¿Le parece a usted, amable lector?

Impactos del ALCA en la economía del Ecuador (04/09/2001)

He considerado oportuno interrumpir la publicación de una serie de tres artículos sobre modelo de desarrollo autónomo ecuatoriano, el primero de los cuales salió ya en la edición de El Telégrafo del martes 27 del pasado mes de agosto, para referirme esta vez al tema que encabeza este artículo.

Es que, entre los días 29 y 30 de agosto se desarrolló en Quito, organizado por la Cancillería Ecuatoriana, con el concurso de CORPEI, la Federación Nacional de Exportadores, la Corporación Financiera Nacional, la ALADI, entre otras instituciones, un importante seminario sobre los objetivos, los mecanismos del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), así como sobre los eventuales impactos de este esquema de integración en la economía del Ecuador. Como la mayoría de los participantes, asistí animado de los más fervorosos anhelos por conocer un poco más sobre los temas citados.

Aunque parezca formal, un primer aspecto que me llamó profundamente la atención, fue el discurso del Canciller, quien en la sesión inaugural empezó señalando que, en consulta con Protocolo (¿...?). En su intervención omitía todo vocativo para economizar tiempo... Realmente, creo que se trató de un desaire o de una falta absoluta de respeto hacia tres personas que ocupaban la mesa directiva: el Secretario Ejecutivo Adjunto de la ALADI, un destacado ecuatoriano que trabaja desde hace mucho tiempo en ese organismo y dos consultores, uno brasileño y otro argentino que elaboraron documentos básicos para ser expuestos en el evento. Si el señor Moeller no quería mencionarlos por sus nombres, bastaba que al empezar su discurso dijera señores de la mesa directiva y punto.

El discurso del Canciller fue interrumpido por unos cinco o seis jóvenes que al grito de *no queremos, no nos da la gana ser una colonia norteamericana*, distribuyeron unas pequeñas hojas volantes donde se expresaba la inconformidad de ellos y sin duda de una buena parte de la población nacional, por la adhesión del Ecuador al ALCA. La interrupción no pasó a mayores, los jóvenes fueron retirados y el Canciller pudo continuar con su discurso, en el cual puso énfasis en destacar el carácter inevitable, inevadible, superior, eterno de la globalización, así como en insistir que la conformación del ALCA es una tarea eminentemente técnica y pragmática alejada de toda postura ideológica. En otra sesión, un distinguido docente de la Universidad Estatal de Guayaquil, Gustavo Iturralde, se ocupó de rebatir este falaz punto de vista.

En las sesiones del seminario intervinieron en varias ocasiones los consultores extranjeros, quienes con un lenguaje tecnocrático, laxo, denso, alejado de los verdaderos problemas del país, explicaron el estado de las negociaciones y una serie de cifras y consideraciones sobre la conformación del ALCA. Esta forma de expresión, por cierto, resultó bastante árida aunque inevitable dado el carácter internacional de los consultores quienes, obviamente, no podían inmiscuirse en los problemas internos. Ojalá que esta misma conducta la asumiera el representante del Fondo Monetario en el Ecuador.

La persona que probablemente absorbió las mayores presiones e interrogantes contenidas del público, y que trató de vincular más la problemática nacional a los objetivos del ALCA fue el señor Ricardo Estrada

quien, sin embargo, lo hizo desde una perspectiva típicamente empresarial, cuando las múltiples inquietudes que plantearon los participantes, fueron más bien muy plurales. Sus respuestas, no siempre tuvieron la precisión y pertinencia que se esperaba. Estrada hizo notables esfuerzos para hacer aparecer al gran empresariado nacional como absolutamente ajeno a las decisiones fundamentales que sobre política económica especialmente, han dictado los distintos gobiernos.

Entonces, quizás una primera conclusión que vale la pena destacar es que en el Ecuador hay una notable ausencia de información y de comprensión sobre los verdaderos propósitos del ALCA, los reales beneficios y costos que puede alcanzar el Ecuador, el carácter del Estado en nuestro país y algunos temas muy relacionados y que resultan verdaderamente trascendentes de ser analizados en la coyuntura histórica. El señor Estrada, por ejemplo, apegándose al texto de la “Iniciativa de las Américas” del ex presidente Bush y a declaraciones del Presidente de Brasil, Fernando Enrique Cardoso, estuvo sin duda de acuerdo en sostener que gracias a la adhesión del Ecuador al ALCA, se puede esperar alcanzar un alto grado de prosperidad, una reducción sensible de la pobreza, así como lograr el desarrollo y hasta la justicia social. Creo que si todo esto fuera cierto, sería insensato y hasta necio oponerse al ingreso del Ecuador al ALCA:

Pero bien, en el análisis del tema, hay sin duda razones para una discusión muy dilatada, difícil de ser planteada siquiera en el corto espacio de un artículo periodístico. Entonces, parece razonable que se pida por ejemplo a las universidades, Colegios de Profesionales, al Congreso Nacional, a las Cámaras de la Producción, a las Centrales de Trabajadores, al Movimiento Indígena, quizás a la propia Cancillería, a los Consejos Provinciales, a los Municipios, que organicen eventos académicos, de reflexión y de análisis sobre el tema. El país no puede empezar aceptando su ingreso a tal esquema de integración para luego sostener que las cosas se irán arreglando en el camino. Más bien, es o debe ser prioritario definir qué aspiramos a lograr con la adhesión de nuestro país al ALCA.

Tal adhesión, ¿nos va a servir para incidir en la superación de problemas de verdad significativos que padecemos? ¿No existen otras alternativas, como la unidad con otros países frente por ejemplo al problema de

la deuda externa, la conformación de un nuevo orden económico internacional, la promoción de una diferente globalización? ¿La estructuración del ALCA, junto con la dolarización, el plan Colombia, la Iniciativa Regional Andina, las fumigaciones aéreas con químicos tóxicos, no implican sacrificar mucho más nuestra capacidad de autodeterminación, nuestra cultura, nuestros recursos naturales esenciales? ¿Cuáles son los beneficios obtenidos por México por su integración en el NAFTA? ¿Se puede razonablemente esperar alcanzar altos niveles de prosperidad, reducción de la pobreza y hasta justicia social sin soberanía?

Hay entonces múltiples preguntas que exigen respuestas, más allá de las que puedan surgir de las cifras y consideraciones constantes en los documentos elaborados por los consultores extranjeros.

Hacia un modelo autónomo de desarrollo (II) (09/10/2001)

En mi artículo del 27 de agosto último me referí a la globalización, como el marco en el cual se han diseñado y ejecutado proyectos neoliberales que han beneficiado a contados países y perjudicado a la mayoría de naciones pobres que así han quedado excluidas de la economía mundial. Este hecho, a la vez, ha generado resistencias e incontenibles movilizaciones con motivo de las reuniones de organismos como la OMC o de los directorios del FMI, del BM, del BID como las que tuvieron lugar en Seattle, Washington, Windsor, Gotenburg, Praga, Génova, Quebec, o las protagonizadas por Movimientos Campesinos en América, Europa y Asia; las marchas contra el desempleo en Europa; la realización del Foro Mundial en Porto Alegre.

Por la inconformidad que genera la aplicación de estrategias neoliberales compatibles con la globalización del capital, es que también han empezado a surgir amplios movimientos sociales y políticos en varios países latinoamericanos, que propician estrategias diferentes y cambios radicales a la actual “racionalidad” mundial. Actualmente, es cada vez más claro que hasta los beneficiarios de la globalización neoliberal empiezan a expresar su inquietud e incertidumbre por lo que está ocurriendo a nivel mundial.

Esto significa que no hay proyectos mundiales eternos ni inmutables y que, en la medida en que tal o cual proyecto beneficie a contados países y perjudique a la mayoría, las cosas tenderán inevitablemente a cambiar. Al fin y al cabo (lo sostiene un conocido escritor inglés, Eric Hobsbawm) se puede gobernar contra todo el pueblo por algún tiempo y contra una parte del pueblo todo el tiempo, pero no contra todo el pueblo todo el tiempo.

Acaso por esto actualmente se comienzan a difundir elementos de una globalización diferente, como aquellos de lograr que todos los países del mundo se unan y luchen para preservar el medio ambiente, por fomentar la paz, la colaboración, la solidaridad, la dignidad de las personas, el respeto a la diversidad, una acción universal contra la pobreza, la corrupción, el terrorismo.

Incluso en la Cumbre Presidencial reunida en Brasil, con la participación de 14 líderes mundiales, en junio del 2000, se reconoció la necesidad de una regulación económica mundial y de poner en operación una política abierta a la inmigración, la condena al racismo y al odio étnico. En otros escenarios, se ha planteado la conveniencia de que todos los países del mundo mantengan el principio de la soberanía alimentaria y excluyan a la Organización Mundial de Comercio de toda negociación relacionada con la producción y la comercialización de alimentos.

Se sigue insistiendo en la necesidad de una generalizada condonación de la deuda externa de los países del Tercer Mundo. Se ha exigido también que se eliminen todos los subsidios y otras ayudas a la exportación; que se frene la fuga de capitales nacionales, que se adopten mecanismos para prevenir los ataques especulativos a los que están expuestas las economías latinoamericanas; que se prohíba el uso de organismos genéticamente modificados en la agricultura porque son lesivos para la propia agricultura, los consumidores y el medio ambiente. Esto último se complementa con el reconocimiento de que las semillas y otros recursos genéticos deben ser considerados como patrimonio de la Humanidad.

En el propósito de atender planteamientos como los mencionados, se sugieren por ejemplo medidas como la creación de una nueva estructura del gobierno mundial, la organización de un sistema de Naciones Unidas más fuerte, más coherente, con un mayor grado de compromiso de los

países; la eliminación del ilimitado poder de veto de los países miembros permanentes del Consejo de Seguridad; la formación y el refuerzo de organizaciones colectivas del Tercer Mundo y Regionales comparables por ejemplo al Grupo de los Siete.

En otros casos se habla de la transformación del G-7 más Rusia en un Foro Global 12, que integre a importantes interlocutores como China, India, Brasil, Sudáfrica; la abolición del actual Consejo de Seguridad de la ONU; la disolución de la OTAN, de la Junta Interamericana de Defensa, la creación de un Banco Central Mundial, de un organismo ambiental mundial (la suscripción del Tratado de Kioto constituía un avance en este sentido) y de una Corte Penal Internacional con mandato más amplio respecto a la defensa de los derechos humanos, a lo que se opone terminantemente el actual gobierno estadounidense, mucho más después de los ataques terroristas del 11 de septiembre último en ese país.

Pero muchas de estas iniciativas irán ganando espacio y penetrando en la conciencia de la población mundial, conforme la gente vaya comprendiendo lo que está pasando y por qué y cómo las cosas podrían ser distintas si es que se ejecuta una nueva y diferente estrategia global de desarrollo. Ahora bien, lo que acontezca en el escenario mundial dependerá de la lucha de todos los pueblos incluyendo al del Ecuador, de la concertación de acciones internacionales así como de la convergencia de iniciativas y acciones diversas.

Pero lo que pase en un país como el nuestro dependerá en gran parte de lo que hagamos la mayoría de los ecuatorianos para que las cosas cambien. Esto significa que, a nivel nacional, hay necesidad de pensar en un nuevo y distinto proyecto. Por cierto, no necesitamos descender en todos los aspectos en el ámbito de detalle pero tampoco conformarnos con una declaración de tal vaguedad que resulte inútil como guía de acción. En esta fase, lo importante parece ser concentrar nuestra atención en algunos aspectos claves, esenciales, a fin de disponer de un marco general de referencia que se convierta en guía adecuada para la acción. Y es en este contexto en el cual surge la necesidad de un modelo autónomo de desarrollo.

Hacia un modelo autónomo de desarrollo (III) (16/10/2001)

En dos de mis anteriores artículos (27 de agosto y 2 de octubre últimos) destacué que la situación de pobreza y la desigualdad de la mayoría de la población nacional, así como la incertidumbre financiera, el debilitamiento de la demanda interna, la enorme volatilidad de las finanzas y, por cierto, la frustración, el deterioro ambiental, el desempleo, la desesperanza que hoy invaden a grandes segmentos de la población ecuatoriana, si bien no son fenómenos necesariamente causados por la globalización pues se trata de viejos problemas atribuibles al capitalismo, la globalización si los ha potencializado, los ha expandido, los ha universalizado.

Consiguientemente, es importante avanzar en la proposición de un modelo o estrategia de desarrollo que privilegie la atención de las necesidades esenciales de la mayoría de los ecuatorianos. Una estrategia que se proponga aumentar el empleo y mejorar la distribución de los ingresos a fin de reducir sensiblemente la desigualdad, provocar una mejor asignación de los recursos, contener el deterioro ecológico y favorecer la participación democrática de la población en el diseño y la ejecución de las decisiones que la afectan, emprendiendo así una gradual y firme tarea de recuperación de la soberanía y la independencia nacional que, actualmente, se encuentran lesionadas y comprometidas tan gravemente.

Elemento esencial de una diferente estrategia debe ser restituir el dinamismo de la demanda interna, lo cual, como lo anoté, exige redistribuir el ingreso, captando y movilizándolo los cuantiosos recursos que el propio Estado y los grupos más adinerados nativos y foráneos hoy derrochan en consumo ostentoso o sacan del Ecuador para ser gastados en el extranjero. Esta masa de recursos debe ser destinada a producir bienes y servicios que satisfagan la demanda de una población más amplia, los grupos medios y los más pobres que hoy se sienten perjudicados con la ejecución de una política esencialmente monetarista y neoliberal compatible con la globalización del capital.

Lo anterior no supone abandonar los esfuerzos en favor de la producción para la exportación, considerada actualmente como la fuente dinámica y casi única del crecimiento económico nacional, aunque si contener la significación que la política económica actual realiza en favor de la

actividad exportadora de bienes que está perdiendo presencia en el mercado internacional entre otras razones por los avances en materia científica y tecnológica y concentrando los beneficios de la actividad en manos de contadísimos círculos empresariales y financieros, muchos de los cuales los utilizan improductivamente.

Lo expresado debe complementarse con el desarrollo de una política favorable a una integración de nuevo tipo con los demás países latinoamericanos. En cualquier caso, lo importante será reconocer que en el mundo existen países que se clasifican por diferentes niveles de desenvolvimiento histórico y social y que sería a todas luces desacertado pretender solucionar los problemas de un país como el nuestro, aplicando a tontas y a locas experiencias producidas en los países actualmente desarrollados.

Una estrategia interesada en alcanzar una sensible expansión de la demanda interna debe estar acompañada de una serie de esfuerzos encaminados a construir en el país una estructura productiva compatible con la distribución del ingreso en favor de los sectores más afectados con la política neoliberal, lo cual supone cambios esenciales en la prioridad de las inversiones. Será necesario, por ejemplo, desarrollar un modelo de agricultura destinado al abastecimiento interno de alimentos, así como el establecimiento de unidades productivas en el vestuario, los servicios de educación y de salud, los medicamentos, los materiales de construcción, el transporte público, los servicios populares de recreación y esparcimiento.

En todas estas acciones, la industrialización está llamada a desempeñar un papel esencial como coadyuvante del desarrollo nacional. Será preciso desalentar la inversión especulativa, estimular la radicación de inversiones en las provincias rezagadas del país, liquidar toda relación incestuosa entre el capital financiero y los gobiernos, conformar una estructura productiva más integrada capaz de generar empleo; castigar la corrupción y el uso ilegal de fondos públicos para fines partidarios o personales. Y, por cierto, hacer un esfuerzo por producir internamente lo que hoy se importa, instalando unidades productivas integradas con racionalidad, capaces de aprovechar los progresos científicos y tecnológicos que vayan surgiendo en el mundo.

Esto último nada tendrá que ver con el pasado proceso de industrialización sustitutiva de importaciones que tuvo lugar en el país bajo márgenes

nes exagerados de protección arancelaria que condujo a consolidar altos niveles de privilegio e ineficiencia de reducidos círculos. Pero está claro que el país no puede convertirse en importador de bienes que tradicionalmente los hemos producido internamente y aun para la exportación como cítricos, confecciones, calzado, manufacturas diversas.

Para financiar la creación de nuevas unidades productivas y la construcción de la infraestructura básica que reclama el verdadero desarrollo nacional, será preciso plantearse un manejo diferente del problema de la deuda externa y, en general, disponer de mecanismos de control de las divisas que obtiene el país así como garantizar su utilización en la ejecución de aquellos proyectos de verdadera trascendencia. De lo que se trata es de construir un sistema productivo más coherente e integrado, capaz de superar las heterogeneidades nacionales, generar empleo, disminuir el carácter especulativo de la economía y, especialmente, preocuparnos esencialmente por superar el problema de la restricción externa, objetivo no alcanzado por ninguno de los modelos que históricamente se han ejecutado en el país.

Y todos estos cambios solo serán posibles si es que surgen como protagonistas históricos otros agentes sociales y políticos por supuesto distintos a los que, hasta ahora, han tenido en sus manos el destino del país. O sea, que los obstáculos esenciales para lograr diseñar y ejecutar una estrategia verdaderamente diferente son esencialmente políticos. ¿Le parece a usted, amable lector?

Los impactos de la crisis mundial (I) (20/11/2001)

Hoy es generalmente aceptado que el largo período de expansión de la economía norteamericana, que abarcó casi una década, empezó a agotarse a comienzos del año 2001, justamente con el ascenso a la presidencia de los Estados Unidos del señor George W. Bush. En este país, durante los últimos trece meses, la tasa de desempleo se disparó de 3.9 %, la más baja en una generación, a 5.4 %, el máximo en los últimos cinco años. Para tratar de contrarrestar este y otros problemas propios del debilitamiento del ritmo de expansión económica, el gobierno estadounidense, había emprendido en la ejecución de un conjunto de medidas como sensible reduc-

ción de la tasa de interés, disminución de impuestos, aumento del gasto público. Se trataba de medidas de corte básicamente keynesiano que buscaban crear mejores condiciones de rentabilidad de las empresas que, sin embargo, no producían los resultados esperados.

Bajo estas circunstancias se presentan los atentados terroristas del 11 de septiembre del presente año que profundizaron el deterioro de la economía estadounidense y motivaron los actos de represalia ordenados por el presidente Bush en contra de Afganistán, donde admiten que se encuentra el líder talibán, supuesto autor intelectual de los actos de terrorismo. Así, si un mes antes del ataque el gobierno norteamericano estimaba que el año 2001 la economía de su país iba a terminar con un crecimiento del PIB del 1.5 % y el 2002, con una tasa de expansión superior al 2 %, después del 11 de septiembre se han difundido nuevas estimaciones que muestran una expectativa de solo el 1 % para fines de este año y menos del 1 % para el 2002. El PIB del tercer trimestre del presente año se redujo 0.4 % y el índice de expectativas cayó, confirmando que los empresarios estadounidenses perciben que los próximos meses serán difíciles y que no está claro cuándo se recuperará la economía de ese país.

Ahora bien, debido a la interdependencia que ha generado y genera el proceso de globalización y los impactos que la situación de los Estados Unidos provoca en todos los países del mundo, los hechos arriba comentados impactaron en la economía internacional, que ha entrado en una fase de debilitamiento que está obligando a los países industrializados a encontrar y convenir la ejecución concertada de nuevas medidas capaces de contrarrestar los graves efectos de una crisis global.

Por primera vez en los últimos diez años, la desaceleración económica afectaba y afecta simultáneamente a Estados Unidos, Europa y Japón. Merece destacarse la situación del Japón, cuya economía es la segunda más grande del planeta, que ya venía en persistente declive desde hace por lo menos 9 años. Una vez ocurridos los atentados terroristas del 11 de septiembre, el departamento económico de las Naciones Unidas hizo notar que el crecimiento económico mundial estimado en 2.4 % para este año se modificó a un moderado 1.4 %

Los sucesos del 11 de septiembre provocaron una caída vertical de la bolsa, y del valor de las acciones, hechos que se reflejaron en un descen-

so de los Índices Dow Jones y Nasdaq que, sin embargo y aunque irregularmente, reanudaron su tendencia alcista una semana después. En cualquier caso, el comportamiento de estos índices sigue siendo volátil y ello se traduce en una disminución de las inversiones en los propios Estados Unidos y, en una restricción en el envío de enormes masas de dinero hacia otras partes del mundo.

Por otro lado, debido a los temores de nuevos actos terroristas y las severas medidas de seguridad que se han adoptado, se ha reducido el número de viajes y de pasajeros en todo el mundo. Se estima que solo en Estados Unidos habrá una disminución de ingresos directa de 25 mil millones de dólares para las aerolíneas de ese país y otros 75 mil millones para las empresas que, situadas en otras actividades, les ofrecen a las compañías de aviación servicios complementarios. En Estados Unidos persiste la caída de los salarios y el consumo de hogares, se hacen más visibles ciertas tendencias inflacionarias y no se corrigen los saldos negativos de su balanza de pagos.

Para tratar de superar los problemas de la crisis de la economía estadounidense, agravados por los atentados del 11 de septiembre, el gobierno de ese país profundiza el recetario keynesiano. Se ha anunciado y se está llevando a cabo un incremento considerable del gasto público; se persiste en disminuir la tasa de interés, hoy situada en solo el 2 %; se anuncia que, para el futuro, se restringirá la emisión de visas a estudiantes extranjeros y que los solicitantes de visas para ingresar a los Estados Unidos estarán sujetos a una severa revisión de sus antecedentes por el FBI, la CIA y el Servicio de Inmigración y Naturalización.

Los hechos comentados, ¿en qué medida afectan a la economía del Ecuador? Lo trataremos en el siguiente artículo.

Los impactos de la crisis mundial (II) (27/11/2001)

Aun antes del evidente debilitamiento de la economía mundial y norteamericana, que empezó a manifestarse más claramente a comienzos del presente año y, antes también de las amenazas de recesión a raíz de los atentados terroristas del 11 de septiembre último, en el Ecuador ya se venían viviendo muchas dificultades como deterioro y débiles como irregu-

lares fases de reactivación de la economía nacional, problemas en las cuentas externas, inflación, desequilibrios presupuestales, aumento del desempleo, crisis financieras y bancarias, deterioro de los recursos naturales, expansión de la pobreza y la desigualdad. Estos hechos, atribuibles en una alta proporción a la ejecución, aunque irregular, de una estrategia aperturista, neoliberal, fondomonetarista estaban exigiendo una revisión a fondo de la estrategia económica que venía ejecutándose en el país durante los últimos 18, 20 años.

Pero hoy, a los problemas antes mencionados, se añaden las repercusiones en nuestro país de las dificultades en las que se desenvuelven la economía mundial y norteamericana, que padecen de una crisis inocultable que puede desembocar en una inminente recesión. Entonces, es claro que para enfrentar tales hechos se hace necesario incrementar el margen de maniobra nacional, reactivar la economía y generar condiciones para un desarrollo más sustentable en el largo plazo.

La recesión económica mundial y norteamericana tendrá graves efectos en el Ecuador, afectando especialmente a las exportaciones, a la afluencia de recursos externos y sus repercusiones sobre el empleo y la pobreza. Una contención del consumo y de las inversiones en los Estados Unidos, puede determinar (conforme actualmente ya lo estamos constatando) que los precios de los productos ecuatorianos de exportación y en especial del petróleo, que representa cerca del 50 % de nuestras ventas al exterior, descendan en picada y que incluso el modelo de dolarización adoptado resulte ineficiente para contener las tendencias contraccionistas de la economía mundial y nacional.

A la vez, una depresión de la economía estadounidense puede alentar al gobierno del país norteamericano a imponer una mayor liberalización de los mercados de bienes, servicios, inversiones y derechos de propiedad intelectual, desintegrando así mucho más a la economía y a la sociedad ecuatoriana, depreciando su cultura, su marco medioambiental, favoreciendo los intereses de los grandes consorcios multinacionales.

Estados Unidos nos compra alrededor del 38, 40 % de lo que exportamos, del cual también importamos alrededor del 28, 30 % y, en los últimos años, con motivo de la dolarización de la economía nacional, parece haberse fortalecido una dependencia más rígida en el abastecimiento de

artículos de consumo, materias primas y bienes de capital procedentes de Norte América. Si las exportaciones se contraen, sus efectos se difunden a todas las actividades ligadas a ellas por cadenas productivas de bienes y servicios, incluyendo a empresas medianas y pequeñas. A la vez, el debilitamiento de las actividades de turismo golpeará a los transportes, hotelería, artesanías y agencias de viajes.

Precisamente después de los actos terroristas del 11 de septiembre, descendió la cotización del crudo, lo cual ha obligado al gobierno a plantearse nuevos precios de referencia del petróleo en el presupuesto general del Estado del año 2002, en casi 4 dólares menos que las cifras estimadas anteriormente. En estas circunstancias, no solo que la frágil y como irregular recuperación económica actual tenderá a debilitarse sino que las posibilidades de una más rápida reactivación se posponen. Por ejemplo, la balanza comercial no petrolera de nuestro país, entre enero y agosto del 2001, se ha tornado persistentemente negativa y solo ha podido compensarse gracias a las exportaciones de petróleo convertidas, otra vez, en las auténticas salvavidas de la economía nacional.

Es decir que hoy el Ecuador está mucho más expuesto a los efectos de acontecimientos que se viven afuera. Lo anotado puede determinar que el crecimiento económico que el ex Ministro de Economía y Finanzas había proyectado del 5 y hasta del 6 % para el año 2002, ahora se verá reducido a un 2 ó 3 %, dependiendo tanto de las medidas económicas que se adopten especialmente en los Estados Unidos como de la forma en que evolucione la situación especialmente política relacionada con la lucha contra el terrorismo a nivel internacional. Volveremos sobre el tema.

Los impactos de la crisis mundial (III) (04/12/2001)

Frente a los graves acontecimientos mundiales y de los Estados Unidos, la débil y como irregular reactivación que empezó a vivir la economía ecuatoriana desde mediados del año 2000, puede inclusive verse nuevamente debilitada. Si en el curso de los siguientes meses o años no hay un ingreso continuado y en alza de los dólares que el país requiere para financiar sus operaciones externas y para mantener en actividad a su maquinaria productiva a la vez que para facilitar sus transacciones internas, podre-

mos estar entrando a una fase en la cual constataremos la falta elemental de moneda lo cual en buenas cuentas podría significar el colapso de la dolarización.

Por todo ello y quizás para ir de lo general a lo específico, parece necesario empezar subrayando que el Ecuador requiere, como primera acción, trabajar en favor de un nuevo orden económico internacional que involucre aspectos como la condonación de la deuda externa, el compromiso de los países avanzados a entregar el 1 % de su PIB a la ayuda internacional; el establecimiento de un impuesto sobre los movimientos internacionales de capitales especulativos; la concertación de una suerte de código de conducta de las empresas transnacionales, la unidad con otros gobiernos de los países especialmente latinoamericanos para presionar a los gobiernos de los países desarrollados a fin de que ratifiquen la Convención Internacional sobre la Protección de los Derechos de todos los Trabajadores Migratorios y de sus familias, aprobada en 1989 y, para que se legalicen a los inmigrantes indocumentados que buscan trabajo y mejores condiciones de vida para sus familias.

En materia interna, es urgente revisar la política económica hasta ahora ejecutada, pues ella ha dejado de ser útil para contrarrestar una crisis como la que enfrentamos. Esta revisión se hará cada vez más necesaria conforme los déficit de las cuentas externas y sus consecuencias se agraven. Esto significa que la gran obsesión gubernamental no puede consistir en simplemente cerrar el déficit fiscal y controlar la inflación, ni siquiera, sentirnos bien servidos gracias a nuevos préstamos de contingencia que nos otorgue el Fondo Monetario Internacional que perseguirían, más que reactivar la economía, mantener vigente el viejo cascarón, es decir, reoxigenar al modelo aperturista y neoliberal; mientras que por otro lado el país, desde que adoptó la dolarización, carece de política monetaria y cambiaria como mecanismos eficaces para trata de escapar de la crisis y revertir la situación.

Una nueva política económica debe concentrarse esencialmente en aspectos como el comercio exterior, la deuda externa, los movimientos de capitales, el empleo, la redistribución del ingreso, la definición de una nueva función del Estado.

Con respecto al comercio exterior, se considera necesario que, sin abandonar los esfuerzos en favor de la producción para la exportación, se desarrollen más incisivos y constantes esfuerzos para conformar una integración de nuevo tipo con los demás países latinoamericanos (defensa subregional y o regional para proteger nuestros mercados y recursos naturales, posición coordinada o conjunta en diversos temas frente a los países desarrollados) y, también, para restituir el dinamismo de la demanda interna, mediante una serie de acciones dirigidas a redistribuir el ingreso, captando y movilizándolo los cuantiosos recursos que el propio Estado y los grupos más adinerados nativos y foráneos hoy gastan en consumo ostentoso o sacan del Ecuador para ser gastados en el extranjero.

En los próximos años habrá que estudiar la definición y ejecución de una serie de mecanismos que nos permitan ahorrar divisas y restaurar el equilibrio de la balanza de pagos ecuatoriana. Los recursos que ahorremos tienen que destinarse a producir bienes y servicios que satisfagan la demanda de una población más amplia, los grupos medios y los más pobres que hoy se sienten perjudicados con la ejecución de una política esencialmente monetarista y neoliberal compatible con la globalización del capital. Por otro lado, el consumo popular, la educación, la vivienda son de producción casi totalmente nacional y, en este caso, la cuestión esencial es no importar sino producir aquello que luce más necesario.

En la misma dirección será preciso plantearse un manejo diferente del problema de la deuda externa. Ello debe exigir disminuir el servicio de la deuda cuando caigan los valores de nuestras exportaciones o el precio del petróleo se reduzca sensiblemente. Si este precio incluso se deprecia significativamente, no debería quedarnos otra alternativa que suspender el servicio de las deudas que el país ha contraído con el exterior. Deben también analizarse con especial cuidado las remesas de utilidades de las inversiones extranjeras que operan en el Ecuador.

Habría que hacer grandes esfuerzos para evitar que nuevos capitales se fuguen hacia el exterior a través de la adopción de medidas como un estricto control de la sobre facturación de importaciones -que además suele servir para justificar altos precios de las mercancías en el mercado interno- las excesivas remesas de beneficios, los pagos por patentes, royalties, mar-

cas, fletes y seguros, así como tratar de conseguir que los capitales ecuatorianos que ya han fugado del país retornen. Un tratamiento especial debe darse también a los emigrantes ecuatorianos y a las remesas de dinero que suelen enviar desde el exterior.

En materia de distribución del ingreso, debe decretarse una disminución de la jornada de trabajo sin disminución salarial, a fin de lograr un aumento de la productividad de la mano de obra y, simultáneamente, abrir posibilidades de creación de nuevos puestos de trabajo para otros grupos poblacionales. Asimismo, deben estudiarse nuevas acciones enderezadas a lograr una mejor distribución del ingreso en el Ecuador, lo cual significa poner en el centro de la preocupación nacional, la atención a los derechos humanos, sociales y constitucionales en materia de alimentación, salud, educación, vivienda, recreación y conservación de un medio ambiente sano de la mayoría de los ecuatorianos.